

ECONOMÍA SOCIALISTA E INTERÉS DEL PROLETARIADO. DISCUSIÓN DE LOS CRITERIOS DE LA TRANSFORMACIÓN

FRANZ HINKELAMMERT

El análisis que sigue se dedicará a la discusión de los conceptos teóricos de la construcción del socialismo. Este procedimiento exige una explicación previa. Si bien partimos de la experiencia chilena en concreto, nos parece necesario ir más allá del análisis descriptivo de ella. La política contingente avanza sobre evaluaciones directas de los pasos más próximos por dar. Haciendo eso, prescinde fácilmente de un análisis más profundo del significado a largo plazo que tienen estos pasos. Eso puede despertar grandes ilusiones sobre el camino real recorrido.

Por otro lado, se pierde de vista el hecho de que el significado de los pasos más próximos se revela exclusivamente al interrelacionarlos con la perspectiva general de la construcción del socialismo. Si bien se puede ir un poco atrás, cuando eso da la posibilidad de dar después dos pasos adelante, no es menos cierto que tiene que saberse cuáles son los pasos que retroceden y cuáles pasos se dirigen hacia adelante. La acción inmediata solamente se ilumina en el grado en que se tiene tal conocimiento. Ahora bien, el análisis presente intenta debatir los criterios que pueden iluminar esta acción inmediata y que, por tanto, permiten discernir los pasos adelante y los hacia atrás.

Eso de ninguna manera significa pretender un purismo de la acción presente. Purismos en la acción no hay, y la pretensión purista es el camino más corto al fracaso. En cambio, pretende un purismo de *pensamiento* tal, que puede evaluar los compromisos necesarios y dar los criterios e indicadores que permiten determinar si el proceso en su totalidad avanzó o no.

Este análisis partirá de la situación de clases. Pero eso no significa que se va hacer una diferencia cortante entre situación de clase y estructura económica. Al contrario, la situación de clases en un país determinado se define a través de la formación de la estructura económica. Por tanto, el análisis tiene que empezar con la estructura económica y sus contradicciones. Se discutirán las distintas formas de la acumulación sobre la base de la propiedad socialista en los medios de producción. Eso nos lleva a la distinción de criterios de la acumulación socialista, que permiten definir criterios para constituir tipos de tal acumulación. De nuestro análisis resultan tres tipos principales: el tipo de la participación en decisiones, el tipo de la centralización de decisiones, y el tipo de la descentralización a través del control obrero.

A través del análisis de estos tipos, podemos definir lo que entendemos por el *interés del proletariado* en términos de la acumulación socialista y de la estructura económica socialista resultante. Para cualquier política socialista este interés del proletariado surge como su objetivo más elemental. En último término, no puede decidir sobre el carácter de un socialismo determinado el hecho de la nacionalización de los medios de producción, sino su sometimiento al servicio del interés del proletariado. Si asume este interés del proletariado, la nacionalización avanza hacia la socialización de los medios de producción propiamente dicha.

Pero el proletariado no es la única clase social existente. La persecución de su interés impone, por tanto, la necesidad de tener en cuenta también el interés de estas otras clases sociales, en el grado en que su colaboración es necesaria para la construcción del socialismo. Por tanto, hace falta, a la vez, discutir los posibles términos de las alianzas de clases necesarias. Estas alianzas son compromisos que se basan en negociaciones con otras fuerzas sociales. En la política inmediata puede haber

cualquier tipo de alianza. Alianzas entre el proletariado de la gran empresa y de la empresa pequeña, entre proletariado industrial y campesino, proletariado y profesionales, proletariado y sectores de la burguesía. Pero detrás de este sinnúmero de alianzas, se pueden destacar algunos elementos que permiten una discusión más bien teórica de su necesidad y de sus condiciones. Se trata, específicamente, del poder de técnicos y profesionales, por un lado, y de los pequeños productores por el otro. Se destacan allí líneas de alianza, que cualquier régimen socialista ha tenido que buscar con mayor o menor éxito, y siempre durante todo el período de su existencia. En el período inicial estas alianzas revisten más bien un carácter específico debido al hecho de que los profesionales y técnicos son todavía miembros de la burguesía recién reemplazada en su poder político y de que los pequeños productores todavía pueden fundamentar su poder sobre la propiedad privada en los medios de producción.

En este contexto se discutirá el problema de la relación entre conciencia socialista y relaciones mercantiles. Para que rija como directriz suprema el interés del proletariado, tiene que haber una conciencia de tal interés. Automáticamente, el proletariado no la tiene. Pero, automáticamente, tampoco la tienen los políticos o teóricos que hablan en nombre del proletariado. Por tanto, hace falta analizar la manera de conocer el interés del proletariado y de las fuerzas que pretenden representarlo. Tradicionalmente, esta falsa conciencia del interés de clase ha sido considerada bajo el nombre del fetichismo de las relaciones mercantiles. Se trata de determinados espejismos que acompañan las relaciones mercantiles necesariamente y que hacen aparecer a clases dominantes como los verdaderos portadores del interés de la sociedad en su conjunto. Sólo superando tales espejismos la conciencia puede coincidir con el interés del proletariado para avanzar hacia la construcción del socialismo.

I. Los criterios de la acumulación socialista y la formación de la estructura económica

El análisis tiene que arrancar de las contradicciones que se producen en el modo de producción capitalista. Si

queremos entender al socialismo no como un ideal abstractamente deducido de premisas valóricas arbitrarias, lo debemos concebir sólo como una organización tal de las fuerzas productivas y de la sociedad entera, que permite evitar y solucionar las contradicciones producidas por el modo de producción capitalista. *Socialismo es superación de tales contradicciones, y en este sentido la forma específica que toma el socialismo en un momento dado está fuertemente influida por el carácter de las contradicciones que ha desarrollado el sistema capitalista anterior.* Nos interesa eso específicamente en cuanto a la concepción del socialismo en países subdesarrollados. El socialismo allí tiene que ser necesariamente otro que un posible socialismo en centros desarrollados, en el grado en que las contradicciones específicas son diferentes entre países subdesarrollados y desarrollados. Pero este mismo argumento vale también para los países subdesarrollados entre ellos. El subdesarrollo chileno es otro que el cubano antes de la revolución, o que el boliviano, argentino, etc., lo que implica diferencias del sistema socialista que puede y debe surgir. Si bien hay distintos modos de enfocar tales contradicciones, a partir de las cuales el proyecto socialista definitivo está igualmente determinado, este proyecto tiene siempre su límite de libertad en estas contradicciones específicas producidas por el modo de producción capitalista y su superación. Por eso todos los sistemas socialistas tendrán siempre este denominador común: socialismo es superación de las contradicciones originadas por el modo de producción capitalista.

Hace falta ahora sistematizar estas contradicciones para poder ir discutiendo las distintas proyecciones de socialismo que se enfrentan en Chile en el momento actual. Podemos destacar primeramente dos, que originan enfoques distintos de la superación socialista:

1. Una contradicción de poder entre propietarios de medios de producción (y sus delegados y gerentes) y la masa de asalariados. Tomando en cuenta esta contradicción, el dueño privado de los medios de producción tiende a maximizar sus ganancias minimizando el salario, mientras, por otro lado, el asalariado tiende a maximizar los salarios minimizando las ganancias. Evidentemente, dentro del contexto de la sociedad capitalista, esta contradicción no tiene solución. Los asalariados consiguen aumen-

tos de salario, y el capital contesta por la inflación que le permite neutralizar el aumento monetario de los salarios.

Teniendo el capital la iniciativa sobre las inversiones, ninguna medida legal puede restringir esta acción inflacionista del capital. El capital constituye de esta manera la clase dominante. Decide en nombre de la propiedad privada en los medios de producción sobre maximización de las ganancias y las líneas y el monto de las inversiones.

2. El segundo tipo de contradicciones es un poco más oscuro, pero en realidad más importante. Se trata del hecho de que toda la estructura económica del sistema capitalista se forma a partir de decisiones hechas en función de la maximización de las ganancias. Se producen los bienes que prometen más ganancias, y se suprime la producción de bienes menos rentables desde el punto de vista de la empresa. De eso nace una estructura económica cuyas contradicciones no pueden describirse en términos de la contradicción anterior. Podríamos hablar en este campo de las contradicciones de funcionamiento del modo capitalista de producción, refiriéndonos a la distribución de ingresos, que necesariamente acompaña la orientación por ganancias, el efecto sobre la estructura del empleo, y la discrepancia necesaria entre precios y costos sociales de producción.

Concibiendo el socialismo como la superación de las contradicciones del modo de producción capitalista, las contradicciones mencionadas dan lugar a diversas interpretaciones de tal superación, según el esquema teórico que guía el análisis.

1. *El participacionismo socialista basado en relaciones mercantiles*

Una primera opción parte más bien de la contradicción de poderes entre capitalistas (dueños de medios de producción) y asalariados. Su planteo teórico enfoca las contradicciones de funcionamiento como fenómenos secundarios, que no son intrínsecos al modo capitalista de producción. En el fondo, podrían solucionarse también dentro de un desarrollismo capitalista. El problema principal parece ser, por tanto, un problema de la legitimación del poder económico dentro de las empresas y en el con-

junto económico. La pregunta será: ¿quién y con qué legitimación toma las decisiones dentro de la empresa y de la política económica en general?

Tomando esta contradicción como la principal, se da la siguiente imagen del problema: la contradicción entre maximización de la ganancia y minimización de los salarios se podría solucionar siempre y cuando la propia comunidad obrera unida en la empresa se convirtiera en sujeto de las decisiones (participación). Estas decisiones serán y siguen siendo decisiones que maximizan ganancias sobre la base de relaciones mercantiles entre los distintos productores, con lo cual la misma contradicción desaparece. Lo que el obrero pierde por la minimización de los salarios, lo gana por la maximización de las ganancias. Desde el punto de vista del obrero, ahora es indiferente si las ganancias son altas y los salarios bajos o al revés. La diferencia entre los dos —salario y ganancia— será más bien la diferencia entre un ingreso estable y garantizado —el salario— y un ingreso cuyo monto exacto se sabrá recién después de terminar el período de producción —la ganancia—. Los dos tipos de ingreso surgen necesariamente, porque no se puede saber de antemano el resultado económico de la actuación de la empresa en los mercados socialistas.

De esta manera, la maximización de las ganancias parece perder su carácter contradictorio y se convierte en un principio neutral de la producción económica de la empresa, y de la economía en su totalidad. Si bien en esta línea del socialismo hay concepciones hasta manchesterianas, no es necesariamente así. Puede concebir políticas subsidiarias a la de la tasa de ganancias, lo que constituye un rasgo común con el neocapitalismo postkeynesiano. Política tributaria, déficit-spending, planificación indicativa, son los elementos más importantes. Pero todos tienen en común el hecho de que siguen respetando el criterio de la maximización de ganancias como criterio supremo, que, si bien necesita correcciones, jamás puede ser puesto en duda como tal.

Lo que llama más la atención en toda esta posición es el hecho de que la estructura básica del pensamiento liberal queda intacta. Cambiando al empresario capitalista, que genera su poder por el capital y por su título de propiedad, por el gerente socialista, que genera su poder a

través de la asamblea de trabajadores, la sociedad habría dejado de ser capitalista.

Igual como en la crítica más burda de las corrientes liberales (Hayek, von Mises, etc.), la alternativa mercado-plan constituye el eje central para determinar lo que es la libertad en contra del totalitarismo, la racionalidad económica contra la irracionalidad del plan central, etc. Eso explica igualmente el hecho de que las teorías sociológicas y económicas propias de la sociedad capitalista pueden ser transformadas en teorías de esta proyección de la sociedad socialista. Así, el teórico yugoslavo Horvat es un funcionalista neto en su interpretación de las clases en Yugoslavia, y el economista Vanek, un representante de escuelas neoclásicas más ingenuas.

Prima este concepto liberal central, sin el cual el capitalismo no puede vivir: el equilibrio económico puede ser alcanzado por una producción de mercadería orientada por la maximización de la ganancia.

El camino del capitalismo al socialismo en este caso aparece fundamentalmente en el plan de valores y motivaciones. La democratización del poder a través de la participación en las decisiones se declara como de mayor justicia social, lo que repercute en una participación mayor en la producción y, por lo tanto, en una mayor motivación del trabajador para dedicarse a la tarea del desarrollo del país. Eso aseguraría, entonces, la posibilidad de efectuar este salto hacia el desarrollo. La estructura básica de producción —estructura promovida por la orientación de la ganancia—, parece neutral, un hecho natural, y como presencia de una racionalidad económica preestablecida. Ésta sirve como forma objetiva, a la cual entonces se puede dar diferentes contenidos de valores, y el marco de libertad del hombre se circunscribe por las alternativas de valores que caben dentro de este marco neutral de la racionalidad económica a secas. La participación en las decisiones aparece, entonces, como nuevo valor y nada más.

Bajo esta perspectiva se produce una imagen del socialismo que lo divide muy abstractamente en dos corrientes: el socialismo totalitario y el socialismo democrático. El socialismo totalitario sería aquel que somete a la empresa a un plan central impositivo, mientras el socialismo democrático es descentralizador, tomando la ganan-

cia como principio de conducción y la democracia formal como principio de generación del sujeto, que maximiza ganancias. La polaridad totalitarismo-democracia se repite en la estructura económica como la polaridad plan-mercado. La democracia socialista significa ahora autogestión simplemente.

Con referencia a todo lo dicho sobre el socialismo participacionista cabe todavía una advertencia. Lo que estamos criticando es una corriente ideológica de la discusión chilena actual sobre el socialismo, que está presente sobre todo en grupos del PDC actual. De ninguna manera se trata de una crítica elaborada del socialismo yugoslavo actual. Los partidarios de un participacionismo socialista en Chile usan mucho el ejemplo yugoslavo como un antecedente de la discusión. Pueden tener razón o no al hacer eso. No nos sentimos competentes para juzgarlos. Sin embargo, en el grado en que hacen esta identificación con la posición yugoslava, con razón nuestra crítica se refiere también a esta posición. Nosotros más bien sospechamos que la posición yugoslava contiene elementos de control obrero que escapan a la interpretación participacionista del socialismo en Chile, lo que se desprendería de la procedencia de este último de la tradición comunitaria, en la cual individuo y sujeto de relaciones mercantiles son lo mismo.*

2. *Las contradicciones de funcionamientos del modo capitalista de producción*

En la visión de este socialismo participacionista, capitalismo y socialismo tienen la misma racionalidad económica y el socialismo no puede aspirar a estructuras económicas óptimas fuera del alcance del desarrollismo capitalista mismo. El capitalismo podría desarrollar los países subdesarrollados tanto como el socialismo, pero éste lo hace apoyado en valores de participación en vez de los valores capitalistas de la dominación. Existe un juicio básico, sin el cual el socialismo participacionista no podría existir: *los criterios usados para la asignación óptima de*

* Ver Hinkelammert-Villela: *Autogestión, participación y democracia socialista*, Mensaje, junio, 1971.

los recursos económicos son los mismos en modos capitalistas y socialistas de producción.

Pero el hecho del subdesarrollo y las experiencias de los socialismos no participacionistas parecen demostrar exactamente lo contrario. Las políticas de desarrollo basadas en el criterio de la maximización de las ganancias como criterio supremo, producen impases del desarrollo, que solamente en casos excepcionales pueden ser resueltos dentro del modo capitalista de producción. En los otros casos surgieron sistemas socialistas que se desarrollaron produciendo estructuras económicas que están claramente fuera del alcance de políticas económicas conducidas por el criterio supremo de la ganancia.

Este hecho visible nos impone volver a reflexionar la racionalidad económica y su relación con estructuras económicas posibles. La tesis clásica del pensamiento liberal nos dice que el óptimo económico (la solución racional del problema económico) es lógicamente uno solo. A este óptimo total aspiran tanto los criterios capitalistas (la ganancia y los mercados) como los criterios socialistas (el plan). Por tanto, un buen plan socialista no puede aspirar sino a lo que llegaría una competencia perfecta de mercados, automáticamente (la tesis de Pareto y Barone).

Pero, mirada de cerca, tal tesis es tautológica en el sentido más peyorativo de la palabra. En el fondo nos dice sólo que, tanto un sistema capitalista como socialista, aspiran a la proporcionalidad de la producción de los distintos bienes económicos, asegurando a la vez una producción optimal (o máxima). Pero lo que interesa es algo totalmente diferente. Se trata de saber si la orientación efectiva por el criterio de la ganancia produce tendencias a la optimización de los recursos. Sin embargo, los teóricos liberales nos presentan esta tautología: si se dan en la realidad los supuestos adecuados para tal tendencia, entonces tal tendencia se produce. Eso es obvio, no nos dice nada.

Lo que tiene que interesarnos a nosotros es saber qué relación se origina entre las decisiones inducidas por los criterios de la ganancia de los mercados y la estructura económica producida. Un análisis detenido de la estructura económica capitalista en su polarización entre países desarrollados y subdesarrollados nos indica más bien que existen contradicciones entre los criterios mercantiles y el

óptimo económico. Los criterios mercantiles hacen surgir una estructura económica desequilibrada a nivel del sistema capitalista mundial, que parece sin solución dentro del mismo sistema capitalista. El desequilibrio del sistema total aparece como la condición del desarrollo en algunas regiones particulares.

En el grado en que tales desequilibrios son intrínsecos a las relaciones capitalistas de producción, podemos hablar de contradicciones de funcionamiento del sistema mismo. Surgen de la aplicación de criterios mercantiles como criterios supremos y se reproducen continuamente en la medida en que tales criterios logran imponerse.

Vamos a enfocar estas contradicciones de funcionamiento a partir de la sociedad subdesarrollada, interesándonos especialmente en problemas que en Chile tienen importancia. No queremos decir con eso que las contradicciones de funcionamiento de las relaciones mercantiles no existen en los países capitalistas desarrollados. Pero tienen allí otra especificidad, que podemos comentar sólo muy marginalmente. Vamos a analizar específicamente, en relación al subdesarrollo, los siguientes problemas:

- A. La distribución de los ingresos y la estructura del consumo;
- B. La estructura de empleo;
- C. Precios y costos sociales.

Los primeros dos problemas surgen en la situación del subdesarrollo de una manera totalmente específica, mientras el tercer problema existe tanto en el país capitalista subdesarrollado como en el desarrollado.

Se trata, primero, de la discusión de las contradicciones que toman una forma específica en la situación del subdesarrollo.

- A. La distribución de los ingresos, la maximización de las ganancias, la minimización de los salarios y la estructura del consumo.

Para toda distribución del producto económico vale como obvio que sólo se puede distribuir lo que se produce. Pero el producto total es, a la vez, una determinada combinación de bienes específicos, que refleja la estructura

de producción existente. Ésta tiene sólo una flexibilidad limitada para cambiar la combinación de este conjunto de bienes y puede hacerlo más bien despacio y a largo plazo. Por esta razón, la estructura de producción determina, a la vez, el conjunto de bienes que una determinada economía puede ofrecer.

Ahora, existe un fenómeno que hace que este conjunto de bienes en su combinación específica, que una determinada estructura de producción puede ofrecer, determine a la vez en alto grado la posible distribución de los ingresos. Eso se debe al hecho de que sólo determinados bienes entran en el canasto de consumo de determinados ingresos. Hay quienes que solamente son demandados por ingresos altos (como el automóvil) y otros que son sólo demandados por ingresos bajos (bicicleta). Pero también los bienes que entran en cualquier canasto de consumo (textil, casa), lo hacen en diferentes proporciones según ingresos altos o bajos. Así, como establece la ley de Engels, ingresos bajos gastan más en alimentos y menos en vivienda que ingresos altos. De este fenómeno surge el hecho de que a partir de la estructura de producción la combinación de bienes posibles da, a la vez, la pauta de la distribución de ingresos compatibles con el aprovechamiento del aparato productivo.

Podemos observar el efecto mencionado desde dos ángulos:

1. Un determinado producto entra solamente en el canasto de bienes correspondiente a determinados ingresos. Hay para cada producto un ingreso de acceso. Este ingreso de acceso es más bajo que el ingreso medio en el caso del consumo de masas y es más alto que el ingreso medio en el caso del consumo de lujo. En realidad, hay pocos bienes que entran tanto en el consumo por ingresos bajos como por ingresos altos. Si bien vivienda, vestido, locomoción, alimentación, entran en cualquier canasto de consumo, existe una diferencia específica de los bienes concretos, a través de los cuales estas necesidades generales se satisfacen por los diferentes ingresos. Estas diferencias concretas son las que interesan. La casa en que vive una persona con ingresos altos es otra que la casa en que vive la de ingreso bajo. Las dos se construyen, además, con otros medios de producción, con el resultado de que un determinado parque de medios de producción

para la construcción determina, a la vez, el tipo concreto de casas que se puede construir. Solamente en el grado en que hay movilidad de estos medios de producción, en cuanto al producto específico que demandan altos o bajos ingresos, estos medios de producción son compatibles con diferentes estructuras de ingresosos.

2. Desde el punto de vista de los ingresos, vuelve a producirse el mismo fenómeno. Subiendo la escala de los ingresos se va cambiando la composición específica del canasto de consumo. Hay productos que se solicitan de todas maneras, cualquiera sea el nivel del ingreso. Pero hay bienes que recién entran en el consumo por ingresos más altos. Esto se sigue repitiendo hasta llegar a la punta de la pirámide de ingresos. Así, con el aumento de los ingresos, van entrando en el consumo de bienes como la casa propia, el auto, artefactos de casa, etc., mientras igualmente otros productos van saliendo del canasto de consumo (la carne reemplaza al pan, el auto a la bicicleta, etcétera).

De eso se desprende que la estructura de producción existente siempre determina el marco de rigidez de una determinada estructura de distribución a corto plazo. La flexibilidad de la estructura de producción siempre está limitada y, por lo tanto, también lo está la distribución de ingresos. Si la distribución no se adecúa a las necesidades de la estructura de producción, hay crisis de oferta y demanda, o se tiene que buscar una salida en la inflación, que es solamente una manera de ajuste de la distribución a las necesidades de la estructura de producción, en este caso.

Todo eso todavía es bastante elemental. Lo dicho tiene un valor para el corto plazo. Habría que analizar entonces lo que ocurre en el largo plazo o, dicho de otra manera, ver a través de qué leyes se genera y cambia la estructura de producción y, con ella, la posible distribución de los ingresos. La teoría económica liberal trata de explicar eso por la demanda. Pero una explicación en estos términos sólo escamotea el problema. La demanda por bienes específicos es claramente una función de la distribución de los ingresos y de la estructura de producción existente. No existe previamente a las otras. En la interrelación entre las tres —estructura de producción, dis-

tribución de ingresos, demanda—, surge la misma demanda.

Cuando se introduce la demanda como el motor del desarrollo de la estructura de producción, se olvida siempre que la demanda por bienes específicos se desarrolla paralelamente con la tecnología para producir bienes específicos. No hay demanda de televisores si no hay tecnología para producirlos, etc. Y si hay necesidades sentidas en determinada línea, por eso no surgen necesariamente tecnologías para satisfacerlas, ni hay seguridad de que alguna tecnología creada sirva para satisfacer necesidades sentidas, que pueden convertirse en demanda. Hay producción que no encuentra demanda, como hay demanda que no encuentra producción. Del hecho, por lo tanto, de que la producción no encuentre necesariamente un mercado, y de que la mejor campaña de propaganda puede fracasar, no se deriva que la demanda es la que mueve el proceso. Como, al revés, del hecho de que la producción en general encuentre demanda, no se deriva que ella mueve el proceso. Si se prevé en Chile la duplicación de la industria automotriz en la próxima década, entonces eso no se deriva de ninguna demanda. El problema de si estos automóviles en 1980 tienen mercado o no, depende sencillamente de la política de ingresos. La industria va a tener mercado si la clase de altos ingresos se duplica en esta década, y va a presentar capacidad ociosa si se estancan los altos ingresos. *La decisión de crear una industria automotriz de este tipo es, por consiguiente, una decisión en favor de una distribución tal de los ingresos, que los automóviles tengan mercado. A través de la política de distribución se hace el mercado. Ninguna demanda en abstracto prefigura eso.*

Si producción, y demanda, de esta manera, se desarrollan juntas, vinculándose por la distribución de los ingresos, entonces habría que preguntar qué criterios rigen la línea de este desarrollo. Eso nos obliga a volver sobre el criterio de la ganancia. En la sociedad capitalista la pauta del desarrollo de la estructura de producción está dada por la tasa de ganancias. Es tautológico ahora decir que las ganancias pueden aumentar su participación en el consumo solamente si, a la vez, se producen los bienes demandados por los altos ingresos y si hay una distribución regresiva. Las tres expresiones significan, más o me-

nos, lo mismo. Maximizar ganancias significa maximizar la desigualdad de la distribución de los ingresos.

Si bien eso es cierto, no nos explica todavía el mecanismo a través del cual se efectúa esta maximización. En la visión liberal, que jamás captó esta interdependencia de los planos de la ganancia, distribución, demanda y estructura de producción, el capitalista puede maximizar sus ganancias también por la producción para el consumo de masas. Pero eso es falso. Si todos los capitalistas maximizan sus ganancias en la línea del consumo de masas, los ingresos de ellos tienen que bajar. Si sólo se produce para el consumo de masas, el consumo de lujo ya no es posible. Las ganancias tienen que bajar o, en el caso de seguir igual, tiene que aumentar rápidamente la acumulación para compensar la baja de consumo por ingresos altos.

La maximización de la ganancia se puede orientar sólo por el consumo masivo en un grado que respete la disposición de fuerzas productivas para el consumo de lujo. La sociedad capitalista logra eso de hecho por un mecanismo muy simple que aparentemente es el producto de la propia naturaleza del progreso técnico. Este progreso es parte integrante del sistema capitalista y produce continuamente nuevas tecnologías y nuevos productos, que sustituyen productos antiguos o surgen al lado de ellos. Pero los nuevos productos de consumo empiezan necesariamente a salir en números limitados, para aumentar la cantidad producida con posteridad. El nuevo bien, que sigue la pauta del progreso técnico, se tiende a convertir, por lo tanto, en un bien accesible únicamente a grupos minoritarios. La nueva tecnología crea los nuevos bienes de lujo, que se convierten, a través del desarrollo ulterior de la tecnología, en bienes de producción más baratos y en mayor escala, para terminar siendo bienes de consumo masivo. Pero como siempre entran nuevos bienes, esta ronda no tiene fin.

De esta manera, la nueva tecnología surge como bien de lujo y como tal crea su imagen en el mercado. Eso no significa que elementos de la nueva tecnología no entren inmediatamente también en el consumo de masas. Así, el transistor o el plástico inmediatamente entran al consumo de masas. Pero en su desarrollo más complejo permiten la elaboración de nuevos productos de consumo

de lujo, que determinan su imagen y arrastran el mercado.

El bien de lujo permite así el aprovechamiento máximo de la complejidad tecnológica y, a la vez, su utilización para producir la desigualdad del ingreso. La tecnología compleja llega a tener de esta manera una función propia, que se vincula con el atractivo estético que ejerce tanto sobre el consumidor como sobre su inventor.

Un proceso de este tipo maximiza la desigualdad de la distribución, pero a la vez parece resultar directamente de la naturaleza de la tecnología. Por otro lado, es claro que únicamente puede desarrollarse sobre la base de la motivación de los sujetos por incentivos materiales y de la canalización de los ingresos, preferentemente por canales individuales. Se forma, entonces, un proceso progresivo de desigualdad maximal de ingresos, incentivos materiales, canalización del ingreso individualmente, que resulta del mismo principio de maximización de las ganancias y que produce una rueda, en la cual los productos de lujo forman la imagen del mercado, realizan el consumo del ingreso alto y van bajando en el curso del tiempo hasta transformarse en consumo de masas, siendo reemplazados en su función formativa de la conciencia del consumidor por otros productos nuevos.

Si se parte de esta tesis, la propia lucha entre capital y trabajo puede tener sólo una influencia muy relativa sobre la distribución del ingreso. Tiene una apariencia muy distinta de lo que es realmente. *En verdad, las decisiones más importantes las toma la propia estructura de producción orientada por la ganancia, mientras las luchas sociales —en cuanto no se oponen al sistema mismo— tienen más bien una función correctiva.* Eso explica por qué en los países capitalistas del centro la distribución entre capital y trabajo ha cambiado muy poco en el curso del siglo pasado.

Pero la estabilidad relativa de un sistema de este tipo depende de que realmente los nuevos bienes se conviertan en objeto del consumo masivo en el curso del tiempo. La abundancia de producción de bienes de capital en los centros permite eso y hace, por lo tanto, posible la transformación del sistema en un establecimiento relativamente cerrado.

Pero en las periferias subdesarrolladas se da otro fenómeno. Los bienes de alta tecnología entran también,

pero hay impedimentos estructurales que impiden su transformación en objetos de consumo masivo. Si se producen, se dan a una escala muy pequeña y topan con la imposibilidad de reproducir los medios de producción suficientes para entrar en una producción en escala amplia. Bienes que en los centros han entrado en el consumo masivo desde largo tiempo, aquí siguen siendo bienes de lujo. Eso vale para muchos productos. Artefactos de casa, automóviles, vivienda construida, determinan un sector del consumo de lujo que no tiende a ampliarse.

Los impedimentos pueden resumirse en dos:

1. La dependencia de la inversión con respecto a la importación de medios de producción, que por su parte topa con la capacidad de importar, limitada por el hecho de que las exportaciones se restringen casi exclusivamente a las materias primas.

2. La producción en un ramo puede alcanzar solamente una escala amplia, si lo mismo ocurre con los otros ramos de la producción. Eso refuerza el factor anterior y produce una *impasse* de estancamiento.

Dada esta situación, el máximo de la desigualdad de ingresos es mucho más grande que en los países del centro, a la vez que el efecto de demostración destruye la eficiencia de los estímulos materiales. No pueden resultar de la dinámica del sistema. *Para poder ser estimada eficientemente la producción, el producto tendría que ser más grande de lo que es.* No sirve como vehículo de la motivación del trabajo.

En una situación tal, la distribución del ingreso en el capitalismo es doblemente contradictoria. Por un lado, la contradicción general de la sociedad de clases, en la que los grupos de poder económico son a la vez los de altos ingresos, que imponen su sistema a la sociedad entera. Por otro lado, la contradicción específica de la estructura subdesarrollada, en la cual la desigualdad de los ingresos se forma de una manera tal que obstaculiza e imposibilita, por último, la misma marcha del sistema.*

* Hinkelammert, Franz: «Teoría de la dialéctica del desarrollo desigual», en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, n.º 6, pp. 83 y s.

B. La estructura de empleo, la tecnología y la maximización de las ganancias.

El efecto regresivo sobre la distribución de ingresos en la sociedad subdesarrollada, sin embargo, se explica solamente en su plenitud si se analiza a la vez el efecto destructor que ejerce la tecnología de los centros sobre la estructura de empleo. De lo analizado en el punto anterior podría parecer que hay un enfrentamiento entre capital y trabajo, en el cual la masa trabaja por ingresos minimales en función de los bienes de lujo de las clases dominantes, sin poder ella misma disfrutar jamás de estos bienes. Si fuera realmente así, el mercado de trabajo daría por lo menos una base de subsistencia a esta masa obrera.

Pero la situación no es ésta. Al contrario, la tecnología de los centros, que se emplea según criterios de maximización de las ganancias, produce un efecto tal, que el trabajo en favor de los pocos se puede hacer y se realiza por una mínima parte de la mano de obra, mientras destruye a la vez la posibilidad del trabajo de los otros.

Habrá que considerar este efecto de la tecnología desde dos ángulos. En este contexto hay que tener presente que significa nuevas inversiones:

1. *La inversión vista desde el efecto que produce sobre el ramo en el cual se efectúa.* (Por ejemplo, una inversión en siderurgia tiene un efecto sobre la producción siderúrgica.)

Cualquiera inversión crea, vista bajo este aspecto, nuevos puestos de trabajo. No hay máquina que no emplee trabajo. Sin embargo, eso no significa que cada inversión tenga un efecto neto sobre el empleo. Hay toda una gama de posibilidades. El efecto neto puede ser positivo siempre y cuando la inversión cree una nueva capacidad productiva, que se constituye al lado de las capacidades antiguas. Pero también puede tener un efecto destructor sobre el empleo, en caso de que cree menos puestos de trabajo que aquellos que reemplaza. En este último caso, la inversión puede contribuir a aumentar el producto total, disminuyendo la mano de obra empleada. Sin embargo, desde el punto de vista de la estructura del empleo, interesa este efecto neto de la inversión y no tanto el producto neto adicional que pueda crear.

Hay un tipo de inversiones que se explica de por sí

y que no ofrece mayores problemas. Se trata de la inversión inducida por el desgaste físico de un medio de producción al cual hace falta reemplazar. Lo que interesa más bien sería la inversión inducida por algún tipo de obsolescencia económica de medios de producción antiguos. Allí surgen consecuencias bien específicas para la estructura del empleo, que solamente aparecen en parte en el caso del desgaste físico.

En cuanto a esta obsolescencia económica, podemos distinguir 3 tipos:

a) La obsolescencia económica de toda una manera de producir. Se refiere a producciones tradicionales preindustriales, preferentemente. Así, la producción industrial textil puede destruir toda artesanía tradicional existente, etc. Se trata en este caso de la destrucción entera de estratos o clases sociales. Casos de este tipo se dan continuamente en la situación del subdesarrollo. La lavandería mecánica destruye todo un estrato social que vivía anteriormente de lavar a mano. En el caso de la producción artesanal se da el caso de que algunas fábricas de pan pueden tomar la producción entera de pan de un país, destruyendo toda una producción simple e intensiva de mano de obra. Igualmente, los supermercados destruyen un sinnúmero de almacenes pequeños. En todos estos casos ni siquiera se mejora el producto a través de la mecanización. La ropa no es más limpia; el pan no es mejor si se produce industrialmente. Pero sí determinan la destrucción del empleo y una consiguiente concentración de plusvalía en las manos del capital. Si, por ejemplo, una lavandería mecánica usa sólo la décima parte de la mano de obra anteriormente empleada en este ramo, cobrando el mismo precio, entonces las 9/10 partes del ingreso bruto, que antes también eran ingreso por trabajo, se convierten en ingreso bruto de capital.

En el fondo, se trata del fenómeno que Marx había llamado la acumulación capitalista originaria. Siempre y cuando hay suficiente inversión de otro tipo, este trabajo desplazado puede ser empleado de nuevo con una productividad mayor de la que tenía anteriormente. Ocorre, entonces, una reubicación del trabajo y un reemplazo de la empresa tradicional precapitalista por la pequeña industria, cuyo tamaño se determina en función de las empresas grandes. Sin embargo, cuando hay impedimentos

estructurales para que ocurra una acumulación tal, la destrucción se efectúa a largo plazo y llega a ser totalmente irracional en el sentido económico. El criterio de la ganancia crea marginalidad a largo plazo, a diferencia del ejército de reserva que existe en el interior de la industria moderna y que es producto de las oscilaciones de su producción.

b) Obsolescencia económica de capacidades industriales técnicamente anticuadas.

Este caso se da cuando capacidades industriales físicamente intactas rinden una ganancia más baja que capacidades nuevas (con tecnologías más modernas). En este caso la ganancia neta es mayor, si se emplea maquinaria nueva en vez de la anticuada, a pesar de que ésta todavía es físicamente apta. La maquinaria antigua simplemente puede destruirse o dejarse en reserva como capacidad ociosa. Parece que una buena parte de la capacidad ociosa de la industria chilena es de este tipo.

Otra vez es claro que una obsolescencia de este tipo solamente puede ser racional, desde el punto de vista de la racionalidad económica, si hay una estructura de pleno empleo. En el grado en que existe desempleo e impedimento estructural del tamaño de las inversiones de moderna tecnología, otra vez se vuelve completamente irracional el criterio de la ganancia.

c) Los casos *a)* y *b)* suponen que la capacidad instalada y el trabajo empleado determinan en conjunto la escala de producción. En el caso de la agricultura, sin embargo, entra un elemento adicional, porque la relación trabajo-tierra llega a tener un significado especial para la relación campo-ciudad en general. Los efectos de obsolescencia económica, anteriormente discutidos, se ubican de una manera distinta. Las tecnologías que se introducen pueden tener efectos diversos sobre la relación trabajo-tierra. Podemos distinguir dos extremos:

1. La tecnología puede permitir aumentar el producto por tierra, aumentando a la vez la productividad del trabajo por tierra. En este caso la relación trabajo-tierra disminuye, pues una determinada tierra se trabaja con menos mano de obra y surge un trabajo sobrante (tecnifi-

cación por sustitución del trabajo, que puede aumentar el producto por tierra o no).

2. La tecnología puede aumentar el producto por tierra sin efectuar la relación trabajo-tierra. En este caso se mueven proporcionalmente la relación producto por tierra y la productividad del trabajo (producto-trabajo). Los dos aumentan, mientras la relación trabajo-tierra sigue igual (aumento del producto por tierra sin sustitución de mano de obra).

El criterio de las ganancias obviamente trata estos dos efectos como iguales. Pero otra vez es evidente que sólo el segundo efecto es económicamente racional. Sin embargo, el criterio de ganancia no permite distinguir la alternativa racional de la alternativa antieconómica.

2. *La inversión vista a partir del efecto que ejerce sobre ramas de producción hacia las cuales se dirige el producto de la rama en la cual se invierte.*

En determinado sentido, cabe aquí lo dicho sobre la relación entre estructura de producción y distribución. Pero vamos a referirnos más bien a la producción de bienes intermedios en general. Éstos son portadores de tecnología. Su producción determina, por lo tanto, la tecnología empleada en otras ramas de la producción. Si la tecnología se desarrolla indiscriminadamente (o sea, según el criterio de la ganancia), puede imponer los efectos *a*) y *b*) analizados, una vez instalada una determinada capacidad. Si produce estos efectos, trae consigo una irracionalidad económica.

En conjunto, las contradicciones mencionadas hasta ahora tienen su especificidad a partir del subdesarrollo. No surgen en la misma forma en los países céntricos, a pesar de que allí están presentes contradicciones análogas. En su conjunto, originan en la sociedad subdesarrollada la situación de la marginalidad, a diferencia del ejército de reserva en los centros. Se trata de un estancamiento dinámico, en el cual se destruyen las producciones tradicionales que producían bienes de consumo masivo. La masa ahora no puede ganar su ingreso sino con la producción de bienes de lujo para minorías sin que estos bienes se puedan convertir en consumo de masa. Un consumo de masa se puede producir sólo en el grado en que

se emplea mano de obra para el consumo de la minoría dominante. Los dos tipos de consumo están extremadamente separados.

Como la dinámica de la economía parte de la producción del consumo de lujo y el posible tamaño de esta producción está predefinido por la capacidad de importar, se deriva el surgimiento de una clase media y de sus proporciones, con cierto automatismo. Pero a la vez se deriva la posibilidad de emplear mano de obra y, por consiguiente, la división de la masa popular en incorporados y marginados.

C. Costos sociales, costos particulares y criterio de la maximización de las ganancias

Como tercera contradicción vamos a enfocar un fenómeno que se produce de manera similar tanto en los centros como en las periferias del mundo subdesarrollado. No se trata de una contradicción específica del subdesarrollo. Pero ella está presente en estos países con igual urgencia que en los países del centro. Se trata del hecho de que el cálculo particular de costos no refleja de ninguna manera el costo social de un producto. Pero la decisión económica no puede prescindir de un cálculo de costos. Puede ser, sin embargo, racional solamente en el grado en que este costo sea el costo social del producto. El principio de ganancias, en cambio, toma por excelencia el costo particular como la base del cálculo.

Eso significa que una parte esencial de los costos se escapa al criterio de la ganancia. Visiblemente eso ocurre en el caso siguiente: la vivienda, calculada según el costo particular, conduce a la construcción de extensas poblaciones, que determinan un costo de infraestructura tal, que el costo social de esta vivienda sencillísima resulta más alto que el costo de una vivienda más decente, pero construida de otra manera. Lo mismo vale para el automóvil, que calcula el costo particular en sí, pero impone a la sociedad tal esfuerzo de infraestructura, que el cálculo se escapa de todas las cifras iniciales. Lo mismo ocurre en relación a la ubicación de la industria en general, el smog, la salud, etc. El cálculo particular de costos tiene muy poco que ver con los costos sociales, que son los costos reales.

Pero detrás de esta problemática hay otra, que no es visible inmediatamente. Tener en cuenta los costos sociales no significa simplemente aumentar el precio del producto en un determinado porcentaje para cubrir estos costos (por ejemplo, mediante un impuesto). Eso ya se hace hoy, porque la sociedad corre necesariamente con los gastos determinados por la diferencia entre costo social y costo particular. Significa más bien —en términos del mercado capitalista—, determinar para cada bien específico su costo social específico. Pero eso significaría planificar todo el sistema de precios en una sociedad capitalista, lo que es un absurdo. Ninguna instancia podría hacer este trabajo, porque se excluiría necesariamente al productor del bien en cuestión.

Si se trata de determinar costos sociales, por ejemplo, de la vivienda, por supuesto que los productores de vivienda —los constructores— pueden hacerlo mejor. Pero no se puede delegar en ellos esta tarea, porque están orientados por el principio de la maximización de las ganancias, que tiene que ser limitado por el cálculo del costo social. Esta contradicción lleva a la sociedad capitalista a una continua frustración de sus esfuerzos: los que podrían efectuar el cálculo de costos sociales —los productores— tienen una estructura de interés en favor de no calcularlo, y el Estado, que trata de calcularlos, constituye siempre la parte más débil, que no puede hacer nada sino corregir *ex post* las orientaciones tomadas por los productores.

Por otro lado, el cálculo de los costos sociales significa, en el fondo, insertar cada decisión económica en el conjunto de las decisiones sobre la economía del país. Significa, por consiguiente, pasar continuamente por encima de orientaciones inducidas por la maximización de las ganancias. Significa, en último término, calcular según intereses sociales, convirtiendo de esta manera el precio en un elemento secundario del cálculo económico y, con el precio, igualmente el cálculo de la rentabilidad del capital.

Este análisis de la acumulación capitalista en la situación del subdesarrollo ya indica las líneas que forzosamente tiene que tomar una política de desarrollo eficiente. Son líneas que predeterminan el carácter de la política

del desarrollo y, por consiguiente, la sociedad capaz de llevar a cabo tal tarea.

Según el análisis hecho, las contradicciones de funcionamiento surgen del carácter capitalista de las relaciones mercantiles. Se trata de relaciones mercantiles orientadas por el criterio supremo de la maximización de las ganancias, aunque tal maximización puede ser corregida por criterios adicionales. La política de desarrollo eficiente, por tanto, va a ponerse en contra del carácter capitalista mismo de estas relaciones mercantiles. Será, por tanto, una política socialista de desarrollo que tiene que lograr un sometimiento del criterio mercantil y de ganancias a otro criterio supremo, que será la racionalidad económica en términos de la sociedad entera. Esta racionalidad socialista, por otro lado, no puede entenderse como una conducción de la economía que prescinda de las relaciones mercantiles. Si bien ésta era la idea de los fundadores del socialismo científico, *la experiencia socialista en todas partes impuso la necesidad de mantener la producción mercantil. De esta manera, la política de desarrollo se convierte en un esfuerzo continuo de someter relaciones mercantiles —que siguen representando la posible vuelta a relaciones capitalistas de producción— al criterio socialista de la racionalidad económica.* La racionalidad capitalista basada sobre relaciones mercantiles esconde su irracionalidad profunda debajo de tal apariencia. Pero, por otro lado, las relaciones mercantiles son condición para que se dé la racionalidad socialista, siempre y cuando se logre mantenerlas en una «posición más bien subsidiaria y de complementación». No se trata de hacerlas desaparecer, sino de darles un lugar subsidiario.

Aunque se trata de un problema crucial, no es posible argumentar aquí las razones de esta sobrevivencia de las relaciones mercantiles en el socialismo. Vamos a profundizar algo al respecto en el apartado sobre las alianzas de clases, que sigue. En los diversos países socialistas hay muchas discusiones al respecto, que llegan hasta la negación de la existencia de relaciones mercantiles en determinados socialismos actuales o en sus principales ramos de producción. Por lo menos de una manera pasajera, podemos recordar los elementos claves de la definición marxista de la producción de mercancías: define este tipo de producción por la manifestación del valor en el valor de

cambio y, en última instancia, en el precio. Este tipo de valorización tiene lugar siempre y cuando el trabajo social objetivado en el producto no es transparente en su expresión de valor.

Pero la definición marxista de las relaciones mercantiles da todavía un paso más. Según ella, hay capital siempre y cuando la fuerza de trabajo es mercancía o, en otras palabras, cuando se compra por un producto cuyo valor se expresa en valores de cambio. Por tanto, en todos los sistemas socialistas actuales existen no solamente relaciones mercantiles, sino también existe capital. Además —en términos marxistas— es un absurdo suponer la existencia de trabajo asalariado sin la existencia de capital. Por tanto, la discusión no puede poner en duda la propia existencia de producción de mercancía, trabajo asalariado y capital en el socialismo actual. La negación de su existencia solamente confunde la discusión real de las clases y de la lucha de clases en el socialismo. No se percibe, entonces, con la suficiente claridad que en el socialismo la lucha de clases propiamente dicha se convierta en una lucha continua por el sometimiento de las relaciones mercantiles a la racionalidad socialista o, lo que es lo mismo, al control obrero, cuya expresión dinámica sería la movilización popular. La discusión tendría que dirigirse más bien —según nuestra opinión— al antagonismo entre relaciones mercantiles y racionalidad socialista y a la elaboración de los criterios adecuados —que históricamente están continuamente cambiando— para el sometimiento de las primeras a la racionalidad socialista.

En términos generales, hemos descrito así lo que es la racionalidad económica socialista. Nos falta ahora analizar concretamente los criterios de esta racionalidad, a los cuales hace falta someter las relaciones mercantiles de la sociedad socialista. Vamos a presentar estos criterios en el mismo orden en que analizamos anteriormente las contradicciones de funcionamiento de las relaciones capitalistas de producción. Por supuesto, se trata más bien de sugerencias sin elaboración más profunda. Son líneas de trabajo cuya elaboración supondría ya una teoría más acabada del modo de producción socialista y de la socialización de los medios de producción. El principio básico de esta política de desarrollo consiste en lo siguiente: dado el hecho de que la producción de bienes de alta tecnolo-

gía no se puede convertir en consumo de masas, la política de desarrollo tiene que partir de una subdivisión elemental del producto entero. Por un lado, tiene que fomentar el consumo preferentemente hacia productos de consumo masivo de baja tecnología. Por otro lado tiene que concentrar en lo posible la producción de alta tecnología en reproducción de medios de producción o en la exportación. Eso significa someter el consumo a las exigencias de la acumulación socialista. No significa bajar los niveles de consumo, sino orientar el consumo de una manera tal que no perturbe las posibilidades de la acumulación. Este principio general se refleja en las posiciones referentes a las contradicciones de funcionamiento analizadas con anterioridad.

A. La distribución de los ingresos

Una reorientación de la distribución de ingresos en la línea indicada presupone:

1. Desarrollo preferente de productos que inmediatamente pueden entrar en el consumo masivo. Se trata de diseñar los productos adecuados a esta meta en el plano de la casa económica, el vestido, de artefactos simples, etc., según la capacidad productiva presente en el país. *Hay que tener bien en claro que en este contexto el producto adecuado es únicamente el producto accesible al consumo masivo.* Para tomar un ejemplo: no se puede saber cuál es la casa económica adecuada en una determinada situación a priori. El principio que permite determinarlo es el de que esta casa se puede convertir en consumo masivo. Si uno tiene un concepto a priori de la casa «digna», fácilmente este concepto puede condenar, por falta de recursos en el país, a una gran parte de la población a no tener ninguna casa. Mejor una choza para todos, que esta casa «digna» para algunos y ninguna choza para los otros. Se trata de un criterio de universalidad en cuanto al consumo. Tendría que aplicarse en lo posible a todos los bienes de consumo que se producen.

2. Limitación de la producción y reorientación de las capacidades correspondientes, que se dirigen tendencialmente al consumo de grupos minoritarios. Un ejemplo: la industria automotriz en Chile, que con su ritmo de expansión impone a la sociedad un crecimiento correspondiente de los grupos de alto consumo. Se hace nece-

saría su posible reorientación a la producción de vehículos de carga, de locomoción pública, etc. En el caso de que una limitación no sea factible o deseable, canalizar los productos en lo posible hacia el consumo colectivo. Este caso se podría dar en relación con la producción de televisores, teléfonos, automóviles particulares, etc.

En todo caso, se trata de reemplazar una política de redistribución monetaria del ingreso por una política de reestructuración del consumo a partir de los productos producidos.

B. La estructura del empleo

Dadas las contradicciones señaladas en este plano, surge la exigencia de una serie de medidas. Todas desembocan en la necesidad de un dualismo tecnológico dentro de la sociedad en desarrollo. Como no se puede crear a un plazo más o menos corto un nivel tecnológico igual en todas las ramas de la producción, necesariamente la economía tiene que dividirse en ramas de alta y de baja tecnología, entre las cuales hace falta evitar la competencia. Habría que enumerar los criterios fundamentales para crear una dualidad racional de la sociedad en desarrollo para reemplazar el dualismo irracional existente entre incorporados y marginados. Podemos mencionar los siguientes:

a) Hay que determinar las ramas de producción que tienen que seguir con una tecnología más bien tradicional y simple. Éstas deben aumentar su productividad de trabajo más bien sobre la base de una creciente racionalización, sin efectuar mayores inversiones en equipo. En estas ramas cabe más bien el asesoramiento técnico, promoción general de iniciativas y de capacitación profesional. A este sector pertenece el artesanado, en general la agricultura, y hasta cierto grado actividades auxiliares, como la lavandería, etc. Se trata de ramas que en el futuro tienen que tecnificarse, pero cuya tecnificación en el momento no es oportuna.

b) Las ramas de alta tecnología. Dada la tendencia de la tecnología compleja de convertirse preferentemente en productora de bienes de consumo de lujo, ésta tiene que

orientarse preferentemente a los productos intermedios. Sólo en caso de ventajas extraordinariamente altas para el consumo masivo serán orientadas a la producción de bienes finales (por ejemplo, la industria de plásticos).

Estas ramas, que tienen que ser definidas según ventajas naturales, la división internacional del trabajo, etc., se consideran como la base de una futura tecnificación. Para poder realmente desarrollarse tienen que ser concedidas tanto hacia el mercado exterior como hacia el interior. Su creación tiene sólo sentido en el grado en que llegan a la creación propia de tecnología, aunque tengan pérdidas a mediano o largo plazo.

La orientación hacia bienes intermedios de este sector parece fundamental. Una división internacional del trabajo en este plano es más fácil establecerla entre grupos de países subdesarrollados, que ya han pasado por la etapa de la sustitución de las importaciones. Por otro lado, tiene un grado de libertad adicional para la producción de bienes complejos de consumo: admite la posibilidad de un intercambio sobre la base de la división del trabajo con otros países, que hacen la misma política socialista, sin excluir, a la vez, el intercambio con países capitalistas. Como la tecnología compleja en el plano de bienes de consumo tiende al consumo de lujo, el intercambio internacional posible será más bien con países capitalistas subdesarrollados o con países del centro, dificultándose el intercambio con países socialistas en desarrollo.

c) Las ramas mixtas. Estas emplean tecnología moderna en el grado en que no producen contradicciones y en que son condición de la producción. Se refiere eso especialmente a la construcción y a la agricultura. Necesitan tecnologías específicas creadas especialmente para su situación. Tecnologías que aumentan la productividad del trabajo sin afectar, en el caso de la agricultura, por ejemplo, la relación trabajo-tierra. En este mismo sector se puede ubicar la artesanía, en cuanto produce medios de producción simples para mercados descentralizados de tamaño restringido.

d) Política en contra de la obsolescencia económica; aunque esto signifique pérdidas en términos de ganancias,

es siempre y sin excepción en el interés de la sociedad en general. La obsolescencia económica no se puede aceptar sino después de haber alcanzado un nivel de pleno empleo. Se trata, a la vez, del uso de capacidades ociosas, aunque en términos de ganancia empresarial signifique pérdidas.

e) Determinación de las áreas donde se reestructura primero el empleo, en el caso de haber logrado el pleno empleo y de sentir una escasez de mano de obra. Se trata de determinados tipos de desempleo disfrazados, servicios innecesarios, etc., para avanzar posteriormente hacia la reubicación del trabajo en la misma esfera de la producción.

En general, en todos los sectores mencionados se trata, junto con la orientación del uso de tecnología, a la vez de la tarea de la creación de una tecnología propia adecuada a estas necesidades. Esta tecnología, por las razones mencionadas, no puede venir sin más de los centros. Por otro lado, no se trata de usar una tecnología adecuada de los centros. Se trata más bien de una creación tecnológica a partir de los conocimientos científicos modernos, aplicada a las exigencias específicas del país subdesarrollado.

C. Costo social y precios

Una política en este plano tendría que promover la disposición de las empresas a considerar el costo social entero de sus productos, aportar elementos para su conocimiento y hacerlo efectivo por encima de lo que podría dictar la tasa de ganancias. Una política de este tipo no es posible sino en el grado en que logra reemplazar estímulos materiales directos por estímulos materiales indirectos y sociales. Es la contrapartida de la política de distribución socialista. Mientras ésta promueve estímulos indirectos en función de la igualdad del ingreso, aquélla los promueve en función de la racionalidad social del conjunto de producción y consumo.

Tomada en este sentido, la política referente a la discrepancia entre costos sociales y precios, jamás puede entregar la solución del problema de influenciar las relaciones de precio. No se soluciona dando precios a los bienes «que corresponden a los costos sociales». Chocamos otra vez con el problema de que es esencia del precio no

reflejar costos sociales. Precios que reflejan costos sociales no hay y no puede haberlos. En cuanto a eso, habría que aclarar que el cálculo de costos sociales no es y no puede ser un cálculo de precios. Eso no significa que carezca de ningún sentido el buscar un acercamiento de los costos sociales a los precios. Pero un acercamiento tal sólo es posible para aquellos costos sociales que pueden ser introducidos en el sistema de precios. Hay casos en que no hay manera de transformar costos sociales en precios. Este caso precisamente se da para la mayoría de los costos sociales. Así, una determinada producción tiene efectos sobre la salubridad pública, la urbanización, la locomoción pública, la exigencia de educación, etc. Se trata de costos cuya existencia es sabida, pero que sólo son calculables en términos de precio, hasta límites muy estrechos.

Además, existe un fenómeno adicional igualmente importante. Aunque se lograra contabilizar el monto de estos costos sociales en los precios, eso no significaría de ninguna manera que las medidas correspondientes al monto de estos costos serían realmente tomadas. De ninguna manera puede suponerse que el mecanismo de precios mismo pueda conducir la acción humana de tomar tales medidas. Si una fábrica produce «smog», y si los costos correspondientes se contabilizan en los precios, queda todavía por solucionar el problema de quién toma las medidas financiadas por estos nuevos precios. La misma fábrica puede tomarlas solamente en algunos casos. En otros se trata de medidas costosas, que sólo puede tomar el Estado; por ejemplo, en caso de necesidad de la reestructuración de todas las áreas de producción y lugares de habitación (recreto). Se trata, entonces, de una estructuración de todo el medio ambiente, que no puede partir de la iniciativa de empresas, aunque contabilicen los costos correspondientes en sus precios. La solución de la discrepancia entre costos sociales y precios desemboca entonces, en la exigencia de la planificación general del medio ambiente de la producción humana, que tendría que ser un principio supeditado al cálculo económico de la empresa. Por otro lado, la empresa individual tiene que participar en esta planificación general. Pero no lo puede hacer sino promoviendo líneas de acción que muchas veces se orientan en perjuicio de su ganancia particular. Otra

vez el interés material indirecto llega a ser exigencia de la racionalidad económica.

3. *El desarrollo socialista*

Los criterios de la racionalidad socialista, como los vimos hasta ahora, juzgan sobre el producto a partir de su materialidad, su valor de uso, y las consecuencias del producto sobre la distribución de ingresos y la estructura de empleo esencialmente. Es producto concreto el que está en el centro de esta racionalidad y no el producto como mercancía. Este punto de partida del producto concreto es condición para poder superar las contradicciones de funcionamiento de relaciones mercantiles, dentro de las cuales el producto es preferentemente un producto abstracto, un posible objeto de la maximización de ganancias. La racionalidad socialista representa, en cambio, el carácter concreto del producto y sus implicaciones sociales en contra de su carácter abstracto con sus consecuencias sociales contrarias. De esta manera, el punto de partida del producto concreto implica, a la vez, el punto de partida de relaciones socialistas de producción. Sólo en tales relaciones de producción el producto vale y se impone en su carácter concreto. Puede ser preferentemente por su valor de uso, como objeto para el hombre y sus necesidades, en vez de ser pretexto para maximizar ganancias.

De la contraposición entre racionalidad capitalista y racionalidad socialista resulta, por tanto, la oposición entre producto abstracto y producto concreto, mercancía y valor de uso. Pero la sociedad socialista no avanza necesariamente hacia una conciencia de este conflicto. Puede desembocar en un desarrollo socialista, que contrapone al participacionismo socialista el centralismo de una planificación, que somete administrativamente las relaciones mercantiles a los criterios socialistas del desarrollo.

Este centralismo de la planificación es, sin duda, capaz de solucionar el problema del desarrollo. Puede tomar conciencia de las contradicciones de funcionamiento que originaron el desarrollo y puede contraponerles las medidas de la acumulación socialista. No puede decirse lo mismo del socialismo participacionista, que solamente logra desarrollar un país determinado en el caso de que el

subdesarrollo no haya llegado a una profundización tal que excluya la misma vía capitalista de desarrollo. La factibilidad desarrollista de la vía capitalista de desarrollo determina, a la vez, la factibilidad del socialismo participacionista. El desarrollismo socialista basado en el centralismo de la planificación, en cambio, va más allá de estos límites, en el grado en que se enfrenta con las contradicciones de funcionamiento implícitas en las relaciones mercantiles del participacionismo socialista, la centralización del plan que margina las propias relaciones mercantiles.

Sin duda, la centralización de la planificación tiene tal capacidad. Haciéndolo, sustituye la descentralización mediante relaciones mercantiles por la centralización en manos del Estado. Pero tiene también una limitación, que se hace manifiesta en el momento en que logra su objetivo de desarrollo. La planificación central revela, entonces, su ambigüedad profunda. Si bien puede servir para marginar relaciones mercantiles, realizando una estructura económica que jamás podría surgir dentro de relaciones capitalistas de producción, también puede ser utilizada para realizar una estructura económica, que estaría perfectamente al alcance de las mismas relaciones capitalistas de producción. Como instrumento no tiene ninguna garantía en sí, que pueda asegurar su uso para someter las relaciones mercantiles a la racionalidad socialista. En el período del desarrollo —de la acumulación socialista— la planificación central tal vez necesariamente se opone al régimen de criterios derivados de las relaciones mercantiles. Pero una vez logrado tal objetivo, puede orientarse en la misma línea en la que se orientaría el criterio de ganancia por sí solo. Si ocurre eso o no, dependería de la buena o mala voluntad de los planificadores.

Esta reflexión nos acerca al análisis de una discusión ideológica, que está presente en toda la lucha actual por la definición de lo que será la construcción del socialismo en Chile. En general, el problema se ve en estos términos abstractos: por un lado, una descentralización por relaciones mercantiles de la producción (el participacionismo socialista), y por el otro lado, la centralización de la planificación. Esta discusión desemboca en una oposición falsa, que se origina en una falta total de comprensión de lo que es el problema del desarrollo y de la libertad so-

cialista. Por un lado, el argumento de los liberales, que se han transformado en socialistas participacionistas: descentralización es libertad, y sólo posible a través de una economía socialista de mercado. En esta posición hay una triple equivocación: primero, la descentralización mediante relaciones mercantiles es el antiguo principio capitalista de la libertad, que en verdad sólo es el fundamento de una nueva sociedad de clases. Un socialismo definido de esta manera sustituye la clase capitalista tradicional por una nueva clase media de profesionales y técnicos con privilegios parecidos a la clase capitalista anterior. Seguramente esta es la razón por la que partidos de clase media principalmente, se inclinan por esta solución. Segundo, es falsa la tesis de que mediante la descentralización de la burocracia central la burocracia deja de ser clase dominante. Pero, ¿quién nos salva del dominio de una burocracia descentralizada de clase media? Esta problemática ni siquiera surge en las discusiones del socialismo participacionista. Sin embargo, sabemos muy bien —y en especial desde el análisis que hizo Michel sobre el partido socialdemócrata alemán y su burocratización en el período de la primera guerra mundial— que los mecanismos de la democracia formal no son suficientes de ninguna manera para evitar el dominio de una burocracia sobre la organización. Claro que la burocracia que se impone a sus bases por mecanismos de democracia formal, es distinta de la que puede prescindir de tales mecanismos. Pero nuestro problema tiene que ver con el control de la burocracia en todas sus formas, y no con la discusión estéril acerca de si un tipo de dominio es preferible a otro. Tercero, las contradicciones del subdesarrollo están intrínsecas en las relaciones capitalistas de producción. Desarrollo significa, por tanto, subordinar las relaciones mercantiles en el socialismo. Si no hubiera otra descentralización fuera de las relaciones mercantiles, desarrollo y burocracia central (centralización de la planificación), sería lo mismo. Eso demuestra que el socialista participacionista defiende un concepto de libertad que parece realizable solamente si se renuncia al desarrollo.

La centralización de la planificación, en cambio, hace factible el desarrollo. Dada la tarea de superar el subdesarrollo, ella es incompatible con el concepto liberal de libertad de los participacionistas. Se trata de una incom-

patibilidad que invalida en sus raíces el concepto de la libertad. Una libertad que sólo es posible a costa de la miseria de los demás, es intrínsecamente perversa. Resulta, por tanto, la necesidad de preguntarse por el concepto de libertad implícito en una política de subordinación de relaciones mercantiles. Para el hecho de que la libertad liberal solamente es posible a costa de la miseria de los demás, la libertad humana no puede existir sino mediante el sometimiento de las relaciones mercantiles a la racionalidad socialista.

4. *Control obrero y movilización popular*

Esta crítica al socialismo participacionista no soluciona todavía el problema del centralismo. Si bien la descentralización de la burocracia no extingue la burocracia como clase dominante, sino que lleva a constituir más bien una burocracia descentralizada dominante, tampoco la burocracia central sirve para evitar la transformación de la burocracia socialista en clase dominante. En cambio, el socialismo participacionista surge como solución pretendida para la constitución de la burocracia centralizada como clase dominante. Exige el control de tal burocracia. Si bien lo hace en nombre de estructuras que no pueden cumplir con esta tarea, deja el problema planteado.

Podemos preguntar ahora qué ocurre en el caso de que la burocracia dirigente de una planificación centralizada se transforme en clase dominante. Si llamamos a esta burocracia clase dominante lo hacemos porque no se orienta y no define su poder por el *interés del proletariado*, sino por *su interés de grupo*. Tendríamos entonces esta oposición: interés de grupo de burocracia-interés del proletariado en el sentido del interés de todos. Nuestra pregunta es entonces: ¿qué haría una burocracia que se define por su interés de grupo?

Habría un desarrollismo socialista. Desarrollaría el país por una acumulación socialista, marginando las relaciones mercantiles durante el período necesario para lograr la superación de la *impasse* del desarrollo. Como su interés de grupo es el desarrollo, tendría que tomar todas las medidas implícitas del desarrollo. Tendría que concretar

la inversión y el desarrollo tecnológico sobre la producción, limitando la producción de bienes de consumo, preferentemente, a tecnologías tradicionales y simples con poca inversión de medios de producción modernos. Hasta cierto grado, su propio interés de grupo le exigiría renunciar al goce de los medios de consumo que la técnica moderna puede propiciar. Tendría, por lo tanto, que pasar por un período de austeridad, al cual posteriormente podría seguir un período en el cual el motor del progreso económico podría pasar paulatinamente al consumo de bienes de consumo complejos y de alta tecnología, superando la anterior concentración del desarrollo tecnológico en la producción de medios de producción. En ese momento la misma marginación de las relaciones mercantiles aparecerá más y más innecesaria, y el interés de grupo de la burocracia se puede expresar por la ley del valor. Desarrollo y ley del valor ya no se contradicen. En este momento esta burocracia puede originar conceptos de libertad análogos a los burgueses. En el período de la acumulación socialista eso es difícil. La centralización de la planificación es la condición del desarrollo, y la clase dominante puede lograr la independencia nacional sólo si logra tal desarrollo. Se sacrifica, entonces, para su propio interés de grupo. Posteriormente, la centralización de la planificación pierde algo de su necesidad. El socialismo participacionista se convierte ahora en la gran tentación de esta burocracia. Descentralización sobre la base de las relaciones mercantiles, puede asegurar ahora desarrollo económico y protección en contra de las arbitrariedades de sus propios líderes.

Parece ésta la historia típica de las burocracias socialistas en cuanto se transforman en clases dominantes. Por eso este tipo de burocracia no es verdaderamente la negación de la libertad burguesa. Es su afirmación a largo plazo. La libertad burguesa es la protección de una clase dominante en contra de la arbitrariedad de sus líderes y está basada sobre la descentralización por relaciones mercantiles. Es evidente que cualquier clase dominante moderna —que siempre, tanto en sociedades burguesas como socialistas, descansa sobre relaciones mercantiles y de capital— desarrolla a la larga el concepto burgués de la libertad. La burocracia socialista convertida en clase dominante renuncia a estas libertades por un período en

el que libertad burguesa y desarrollo económico son incompatibles. Después las recupera.

Pero esta recuperación de las libertades burguesas por la burocracia socialista y el socialismo participacionista no es nada más que eso: hace entrar al país socialista automáticamente en el conjunto de los países céntricos y desarrollados del mundo capitalista. Dando siempre más importancia a los criterios mercantiles (y capitalistas) en su interior y en sus relaciones con el exterior, se aprovecha ahora del subdesarrollo de los otros de una manera análoga a como ocurre con los países capitalistas céntricos. La conducción del país por el interés de grupo de la burocracia se transforma en una conducción del país en relación a otros países, basada sobre el interés particular del país referido. Y este interés particular de un país desarrollado es el aprovechamiento del subdesarrollo de los otros.

¿Qué es, ahora, el indicador de la transformación de la burocracia en clase dominante? Es la falta de control obrero. La clase dominante impone el desarrollo económico a la clase dominada por la imposición bruta. látigo y pan son sus herramientas. Quien no trabaja no come. No motiva a trabajar, sino que obliga, a través de lo que suele llamar el incentivo material. Otra manera no tiene, porque realiza el desarrollo en función de sus intereses de grupo, lo que excluye una motivación más allá del consumo más inmediato. La sociedad que surge no es de la clase dominada; ella solamente puede aspirar al sustento material de su vida, no a la construcción de la sociedad en función de sus intereses.

Por tanto, no se moviliza para el desarrollo del país, sino que necesita ser movilizada desde arriba. Así se realizó el desarrollo capitalista de los países céntricos, y así se repite en el caso de la transformación de la burocracia socialista en clase dominante.

¿Qué es, entonces, el interés del proletariado como posible sostén de la movilización popular? Es la construcción de una sociedad en la que el trabajador hace el trabajo para sí. Se trata de la sociedad en que el producto del trabajo sirve a los intereses del trabajador. Eso no significa que el producto del trabajo se transforme enteramente en salario. Al contrario. Se trata de que todo producto que

no se convierte en salario, está destinado al interés del trabajador que lo crea.

Se trata de un principio contrario al principio mercantil que hace que uno trabaje para su sustento material inmediato, mientras el sobreproducto se destina para el interés de grupo de otros. *Se trata, en cambio, de juzgar el producto del trabajo en términos del interés de clase de los que crean el producto. Un principio antimercantil, que desemboca en la aspiración a la distribución igualitaria del producto entero.*

Por supuesto, un concepto de igualdad de este tipo choca con toda ideología de clase dominante, desde el punto de vista de la cual es mecánico, antirracional, etc. Pero eso es natural, porque el interés del proletariado es contrario al interés de la clase dominante. Incluiría dos grandes líneas de la distribución:

a) La distribución individual a través del salario. Desde el punto de vista del interés proletariado, la hora-trabajo de cualquier trabajo concreto, vale esencialmente lo mismo y se remunera tendencialmente igual. No se trata de ningún uniformismo, porque cualquiera individualización y personalización es perfectamente posible dentro de un ingreso cuantitativamente igual, o con desigualdades mínimas.

b) Entregar el consumo de otra índole, que por esencia no puede ser distribuido dentro del marco de canales individuales, sobre la base de ingresos iguales, a los canales colectivos de distribución. Dentro de este contexto, el consumo colectivo sería siempre preferible al consumo privado, porque permite orientar mejor el acceso al bien de consumo según las necesidades sin interferencia de la demanda. No vamos a discutir por el momento la relación entre tal tipo de igualdad de ingresos y la racionalidad económica. Esta discusión la hacemos en el capítulo que sigue sobre las alianzas de clase. Lo que nos interesa aquí es insistir en que hace falta tal vinculación entre interés del proletariado y distribución de los ingresos, para poder contar con una movilización popular en función del desarrollo de la sociedad. Además, vale la pena recordar que los clásicos del socialismo científico jamás concibieron el interés del proletariado de otra manera.

En cambio, en el grado en que técnicos y profesionales toman el poder en un país socialista, se reformula la iden-

tividad entre interés del proletariado y estructura de consumo igualitaria. Al comienzo de la revolución rusa valía el principio destacado por Marx (en su análisis de la comuna de París) de que los dirigentes deben ganar el salario obrero medio. Posteriormente se rompió tal principio con la tesis de que el socialismo no es primordialmente distribucionista. La clave del problema se buscaba entonces en la socialización de los medios de producción, contraponiendo ambos intereses. La socialización de los medios de producción parecía ser otra cosa que la estructura de consumo igualitaria. Se insiste en que el socialismo se refiere esencialmente a la producción y no a la distribución.

Eso nos impone discutir el concepto de la socialización de los medios de producción diferenciándolo del de la nacionalización. La nacionalización es más bien un acto de toma de poder sobre los medios de producción, y *la socialización es el proceso de la conducción socialista de tales medios en función del interés del proletariado*. Este proceso de socialización, por tanto, es el que interesa sobre todo. Su condición es la nacionalización, pero la nacionalización también se puede aprovechar en función del interés de grupos minoritarios de la sociedad socialista. La socialización tiene como objeto asegurar el interés del proletariado como objetivo de la producción nacionalizada. Se ha intentado describir la socialización a través de la planificación socialista. Pero un intento tal se queda en lo puramente formal. Sigue en pie la pregunta: ¿en favor de quién se planifica? Se dirá, en favor del proletariado. Pero hay que insistir entonces en los indicadores que pueden demostrar tal conducción en favor del proletariado. El indicador máximo será de nuevo este: que el proletariado trabaja no para el sustento de otros grupos sociales, sino para su sustento propio. Frente a esta exigencia se puede tratar de escamotear el problema de otra manera: el proletariado trabaja para sí en cuanto que ya no existe propiedad privada que lo pueda contratar para producir plusvalía. Deja de ser explotado en el grado en que se enfrenta con las empresas nacionalizadas en vez de las empresas privadas. Pero esta explicación es tan formal como la anterior. Si en la definición del interés del proletariado no entra este elemento de la estructura de consumo igualitario, no puede existir ningún criterio

útil para decidir si el trabajador trabaja realmente para sí o para el sustento de otro grupo social minoritario, que se convierte en clase dominante.

Expuesto en estos términos, igualdad de ingresos e interés del proletariado llegan a identificarse y pueden ahora dar contenido al proceso de socialización. La nacionalización de los medios de producción pasa a ser socialización en el grado en que logra orientar la estructura económica hacia una estructura igualitaria del consumo. Eso no significa de ninguna manera reducir el socialismo a un movimiento distributivo. Como movimiento distributivo —que dejaría intacta la estructura capitalista de producción—, sería simplemente ilusorio. Relaciones capitalistas de producción tienen como esencia la maximización de la distribución desigual de los ingresos. Luchar dentro de ellas por una distribución igual sería netamente equivocado. El secreto del cambio de la distribución de los ingresos no está en la distribución, sino en la conducción de la producción. En este sentido, en el socialismo se trata de la producción y no de la distribución. Pero, determinar la producción no es un fin en sí. Es lo más importante por la simple razón de que se puede dominar la distribución solamente dominando la producción. *La distribución —la disposición de la clase trabajadora sobre su producto— sigue siendo el objetivo principal y el punto de llegada de la persecución del interés de clase del proletariado.*

Este interés del proletariado, por supuesto, tiene que estar reflejado en el criterio de la estructura de consumo igual. El análisis anterior ya demuestra que es un criterio que va en contra de la lógica de las relaciones mercantiles. La participación en decisiones basadas en criterios monetarios, preferentemente, no permite perseguir tal interés. Decisiones preferentemente mercantiles maximizan la desigualdad y crean clases dominantes. El criterio, por tanto, no puede arrancar sino de la evaluación del producto concreto del trabajo y de su valor de uso. Para defenderse de la ilusión fetichista del producto mercantil, hay que hacer la pregunta concreta. Fusil, ¿a quién matarás? Automóvil, ¿a quién llevarás? Casa, ¿quién va a vivir allí? Estas son las preguntas concretas. Y no la pregunta del hombre abstracto: ¿Cuánto gano produciendo el fusil, el automóvil, el edificio? ¿Me da trabajo o no?

Y la contestación concreta debe ser: ¿Soy yo o los compañeros de mi clase, quienes vamos a vivir en esta casa, quienes vamos a movilizarnos en este automóvil, quienes vamos a defendernos con este fusil? Y en cuanto a las otras clases: ¿van a tener la casa que yo, proletario, tengo, y el mismo automóvil, y la protección del mismo fusil, y no será usado en contra mía? Esta es la igualdad del interés del proletariado.

En el fondo, se trata de un concepto de solidaridad universalista. Es la subordinación de las relaciones mercantiles al producto concreto. Pero lo es en el sentido de una afirmación total, que en esta forma es capaz de fundamentar una ética. Eso es lo que distingue el interés del proletariado del interés desarrollista de una burocracia socialista, sea ésta central o descentral. El desarrollismo socialista margina relaciones mercantiles en el grado en que el desarrollo de determinada región del mundo lo exige. La afirmación positiva del interés del proletariado, en cambio, es universal y, por lo tanto, está universalmente en favor de la subordinación de relaciones mercantiles. El interés del proletariado no es nunca el interés del proletariado de un solo país, sino de todos los países. El desarrollismo socialista, en cambio, afirma solamente el interés del proletariado de un solo país, que siempre resulta ser un interés que disfraza el hecho de que va en contra del interés del proletariado de este mismo país como de los otros países. El interés del proletariado rige en este país y en otros, o no rige de ninguna manera.

Siguiendo este análisis, se puede hablar de una especie de imperativo categórico. El imperativo categórico burgués es el siguiente: actúa así, que la máxima de tu actuación puede servir en cada instante como base de una legislación general.

El imperativo categórico socialista será distinto: produce de tal manera que el producto de tu trabajo pueda volver hacia tu consumo y el de todos los demás. Como esta máxima no se puede formalizar, necesariamente implica ya la subordinación de las relaciones mercantiles y, a la vez, el control sobre los grupos que podrían pretender convertirse en nuevas clases dominantes. Esta afirmación positiva del hombre concreto, y del contenido concreto del producto tiene también sus consecuencias sobre los estímulos del trabajo.

La sociedad capitalista conoce solamente el estímulo material directo y cuantificable. Otros estímulos existen, pero más bien en un sentido subsidiario. En lo que se refiere a la distribución de los ingresos, la ética capitalista correspondiente conoce sólo la categoría del altruismo, que viene a corregir los efectos de un egoísmo exagerado. Juzga entonces a partir de la legitimidad de la desigualdad de los ingresos las exageraciones de tal desigualdad, que el altruismo viene a subsanar. La ética socialista —el interés del proletariado—, en cambio, parte de la igualdad de ingresos como la base racional y legítima de la convivencia humana, como un derecho por reivindicar. Es la ética que asegura a cada uno que no habrá otro con derecho a dominar sobre él. En este sentido no es altruista; solamente exige la representación del interés de cada uno.

En cuanto a los estímulos, tiene que sobreponer al estímulo material directo —el estímulo calculable del ingreso personal—, el estímulo material indirecto expresado por el interés de todos. De ninguna manera se trata de contraponer al estímulo material un estímulo no material, en el sentido literal de la palabra. Estímulos no materiales son un invento de sociedades que se basan en estímulos materiales directos y que tienen que suplir la falta de disposición a la igualdad por un sentimiento moralista. Se trata de reivindicar más bien el estímulo material indirecto: la orientación del producto que no se convierte en salario en interés del proletariado. Tanto el caso del incentivo material directo como el indirecto se refieren a un estímulo material. Este último se refiere a la toma de conciencia de que el sobreproducto de la sociedad es la base verdadera del ingreso material directo y, por tanto, de que lo primordialmente importante es la dirección de la sociedad entera.

Definido el interés del proletariado a partir de la evaluación del producto concreto, podemos definir ahora la toma de conciencia de este interés. Será la facultad de discernir en el producto el carácter mercantil de su valor de uso. En cuanto mercadería, el producto tiende a conformarse a las exigencias de la sociedad mercantil, al afán de sus miembros de destacarse uno del otro por la posesión del producto y su atractivo específico destinado a eliminar juicios conscientes en cuanto a su uso. El mismo diseño y «styling» del producto mercantil, apoyado en la

propaganda comercial, se orientan a convertir al consumidor en un elemento más bien pasivo del proceso de producción y consumo. La personalidad misma del consumidor tiene que identificarse con el producto para que no surja un juicio racional sobre su valor de uso. La mercancía, por tanto, no es simplemente un valor de uso que tiene valor de cambio; pues, además, el hecho de tener precio determina la misma forma de producto, lo que hace tan difícil reconocer lo que verdaderamente es.

El objetivo es lograr reconocer en el producto este intento de seducción mercantil y someterlo al juicio racional de la conciencia proletaria. Esto es un proceso de aprendizaje, de concienciación, que implica toda una revolución de la conciencia. Esta revolución de la conciencia es lo que define la libertad socialista. Sería una libertad para actuar en favor de la subordinación de las relaciones mercantiles, del sometimiento del producto concreto al juicio del interés de clase del proletariado y de todas las actividades que pueden promover tal conciencia y la praxis correspondiente. Esta libertad sería a la vez la base verdadera de la movilización popular y del control obrero. Movilización popular no significa simplemente que el pueblo se mueva según cualquier criterio, sino que integre *un movimiento creador, impulsado por la conciencia proletaria en la línea del interés del proletariado*. Es un movimiento del humanismo socialista destinado a hacer prevalecer el contenido concreto del producto sobre el contenido mercantil abstracto, y del hombre concreto sobre el hombre abstracto. Es la rebelión del hombre concreto.

Todo este análisis nos permite ahora reanudar la discusión sobre la relación entre socialismo participacionista, centralización de la planificación y movilización popular. Para construir un proyecto de liberación —lo que incluye la posibilidad de ser proyecto de desarrollo— el socialismo descansa sobre la subordinación de las relaciones mercantiles. Subordinación significa, en este contexto, que los criterios mercantiles no pueden determinar ni la distribución de nigresos ni la estructura de empleo ni los costos sociales del producto. Sin embargo, tampoco puede prescindir de las relaciones mercantiles, que dentro de los límites indicados son herramientas de la asignación óptima de los recursos económicos. Pero un uso

de relaciones mercantiles limitado en tal forma implica que el socialismo participacionista no puede ser un proyecto ni de desarrollo ni de liberación. Por otro lado, tal subordinación de las relaciones mercantiles implica la necesidad de la centralización de la planificación de los productos claves de la economía del país. Pero esta centralización sirve sólo como un proyecto de liberación en el caso de que sea contrapesada por toda una estructura de base popular, que puede efectuar continuamente una movilización popular consciente según las pautas del interés del proletariado. En esta forma puede anular la imposición administrativa de actitudes desarrollistas por la colaboración consciente. Una movilización popular de este tipo concluye, por supuesto, la participación en las decisiones, sin concebir tal participación en el sentido de una descentralización por relaciones mercantiles. Se dará, por tanto, una estructura triple: la planificación central, las relaciones mercantiles y la movilización popular, que en conjunto pueden promover el desarrollo y la liberación, y la liberación sobre la base del desarrollo. Toda esta reflexión sobre el interés del proletariado y la toma de conciencia de este interés hace surgir en seguida la problemática de la vanguardia del proletariado. Vanguardia sería —tradicionalmente— el portador de este interés y de su concienciación. Para que exista en el proceso revolucionario una vanguardia, algún grupo debería asumir el interés y representarlo de manera que el proletariado lo reconozca como vanguardia. Además, tradicionalmente, la existencia de una vanguardia tal se consideraba como condición de la posibilidad de la revolución.

La razón para eso no radica en creer que los intereses de grupo de partes del proletariado y del Estado socialista estén necesariamente en contradicción con el interés del proletariado como tal. Pero existen intereses de grupo cuyo desarrollo ulterior puede llevar a tal contradicción, lo que hace necesaria una acción continua para lograr la coincidencia de intereses entre Estado socialista y todos los grupos del proletariado sobre la base del interés del proletariado.

Ahora bien, hay muchas razones para argumentar que en la situación chilena actual tal vanguardia todavía no se ha formado y que no hay todavía indicios de la forma en que va a surgir. Tampoco es claro que tal formación de

la vanguardia del proletariado tenga que partir necesariamente de un partido político o de una unión de partidos políticos. La necesidad urgente de introducir criterios de descentralización y de democratización a partir del propio producto producido podría llevar a una democracia de productores, en la cual una nueva organización de trabajadores en el plano de la producción podría tomar esta función de vanguardia para intermediar entre intereses particulares de grupos del proletariado —que tienden a institucionalizarse en los sindicatos— y el Estado socialista, lo que convertiría a los partidos políticos del proletariado más bien en ejecutores del interés de clase representado por un nuevo tipo de vanguardia. La reflexión sobre tales posibilidades de la lucha obrera, a nuestro parecer, se ha llevado más profundamente en el movimiento italiano.*

La falta de una vanguardia constituida en el proceso chileno llevó más bien a la necesidad de que el Gobierno socialista la supliera. Tenemos que contar, por tanto, con una situación de la cual la concienciación del proletariado en cuanto a su interés, parte de los más diversos grupos sociales y políticos, siendo el Gobierno socialista el poder máximo para conducir este proceso. Este hecho da su especificidad al proceso de la transformación socialista en Chile, lo que se refleja especialmente en la problemática de las alianzas de clases, tal como se presenta en el momento actual.

II. *Interés de clase del proletariado y las alianzas de clases*

Con lo anterior tentemos el fondo de la definición de lo que es el interés de clase del proletariado. Es la superación de las contradicciones de la producción capitalista de mercancía y con eso la afirmación de la construcción de la sociedad sin clases. En el plano de las contradicciones de funcionamiento analizamos este interés de clase del proletariado a través del concepto de la igualdad de ingresos, la estructura de pleno empleo y de la relación costo social—precio.

* Ver Rosana Rosanda: *Entrevista a Jean Paul Sartre*, con una introducción correspondiente de la autora, «Il Manifiesto», sept., 1970.

Pero el proletariado, en la persecución de su interés de clase, no puede ir realizándolo linealmente y sin tener en cuenta el interés de otros grupos sociales. Estos otros grupos serían principalmente la clase capitalista y los grupos medios (técnicos, profesionales, especialistas, burocratas, etc.). Al tener en cuenta el interés de ellos, se establecen alianzas de clases, cuya base y cuyo contenido habría que analizar.

El primer problema de este análisis sería el de aclarar de dónde viene el poder de las otras clases y cómo se explica el hecho de que el proletariado —una vez tomado el poder— no tiene todo el poder, y por qué tiene que seguir teniendo en cuenta el poder de las otras clases. El proletariado puede tomar el poder político y, con éste, el poder sobre los medios de producción, sean todos o los principales, sin lograr orientarlos exclusivamente hacia su interés de clase. En una situación tal, el proletariado toma el poder político y el poder sobre los medios de producción, sin llegar a tener todo el poder económico.

En la situación chilena hay muchas razones para eso. El proletariado llegó al Gobierno, pero dentro de una legalidad burguesa. Puede alcanzar el poder sobre los principales medios de producción, sin lograr extender la propiedad social sobre todos los sectores de la sociedad. Las fuerzas capitalistas, por otro lado, mantienen un poder autónomo y significan una amenaza real para el poder del proletariado. De hecho no se ha constituido un poder definitivo del proletariado, con el resultado de que existe una continua lucha para lograr influencia sobre los distintos sectores de la sociedad chilena.

Los polos de esta lucha son claros. Por un lado, el capital monopólico, que está defendiéndose y buscando una penetración del sector de pequeños y medianos capitalistas, de los técnicos y profesionales, y de los subgrupos obreros en el grado en que se muestran accesibles. El capital monopólico busca una alianza de todos estos grupos para volver al poder.

Por otro lado, el Gobierno socialista, apoyándose en el área de propiedad social (APS), busca la penetración de estos mismos sectores, es decir, del sector de pequeños y medianos capitalistas, de técnicos y profesionales, y de la misma clase obrera en su totalidad. Esta penetración tiene como objetivo *llevar a la clase obrera a la toma de*

conciencia sobre su interés de clase y producir la disposición de los otros grupos sociales para aceptar una alianza con esta misma clase obrera, en la cual esta última se constituye como poder definitivo.

Sería ahora erróneo explicar el hecho de esta lucha por la especificidad chilena de la vía socialista. En otra forma, esta misma lucha se ha dado en todas las sociedades socialistas, que se constituyeron a partir de una vanguardia del proletariado como conductora de la revolución misma. Además, parece muy claro que esta misma lucha por la alianza con otros sectores sociales en las sociedades socialistas sigue también después de haberse constituido toda propiedad de medios de producción como propiedad de la sociedad.

El mismo carácter capitalista de la propiedad privada, por consiguiente, tampoco explica suficientemente la necesidad de tales alianzas, aunque puede explicar dificultades especiales para lograrla.

El poder de los otros grupos hay que explicarlo, por lo tanto, no por la sobrevivencia de sectores de capital privado ni por el carácter abierto de la lucha entre el capital monopólico y el Estado socialista (la falta de una dictadura del proletariado). Su poder radica en otras razones.

De hecho, la necesidad de la alianza radica en la propia forma de la división del trabajo existente y en las razones objetivas que imponen a la sociedad socialista seguir desarrollándose en términos de la producción de mercancía. Las dos razones mencionadas —la producción de mercancía y la división de trabajo— determinan en conjunto los términos posibles de la alianza. Hace falta, por lo tanto, analizarlas más de cerca:

1. *La sobrevivencia de la producción mercantil en las relaciones socialistas de producción*

Ella se debe a la complejidad siempre cambiante y en desarrollo de la estructura económica moderna. El cálculo monetario y el intercambio mercantil solamente podrían desaparecer en el caso de un estancamiento total de las fuerzas productivas (una alternativa que hay que excluir), o en el caso de una transparencia tal del conjunto del pro-

ceso del trabajo de la sociedad que permitiera una planificación totalmente central de la economía entera. Como hoy se conoce mucho mejor el fenómeno de la interdependencia económica que en el tiempo de Marx, este segundo caso —que sería el único deseable para la economía socialista— tampoco se da y prácticamente no puede suponerse que se dé algún día. La complejidad de la tecnología moderna se desarrolló a la par con los instrumentos de la planificación y del control de la industria compleja. Como las tecnologías que permiten una planificación más racional son las mismas que permiten una complejidad de la industria por planificar, la distancia entre las dos sigue siendo siempre la misma. Así, en la Unión Soviética, hay un desarrollo de la técnica de planificación tal, que se necesitaría hoy emplear más del 80 % de la mano de obra para planificar, si se aplicaran los métodos vigentes en los años 30. Pero la planificación soviética no está por eso más cerca de la desaparición de la producción mercantil que antes, puesto que la tarea de planificación se enfrenta a una industria más compleja.

Por lo tanto, la sobrevivencia de la producción mercantil se debe a razones objetivas no influenciadas por la estructura socialista. Si bien el socialismo las puede combatir, limitar, usar conscientemente, no puede desarraigarlas. Tiene que convivir con ellas y combatir conscientemente sus contradicciones y antagonismos. La revolución socialista, por eso, no se hace una sola vez, sino que sigue haciéndose todos los días de nuevo. Tal sobrevivencia de las relaciones mercantiles tiene consecuencia sobre el carácter de la planificación socialista y sobre la formación de sectores dentro de la estructura general de producción. Nos interesan sobre todo dos:

a) La planificación no puede ser total. Se podrá planificar centralmente un núcleo de bienes básicos y esenciales. Una especie de conjunto central de la economía socialista, que puede comprender los principales medios de producción, las materias primas más importantes y la producción de los bienes de consumo masivos y esenciales. Pero ni siquiera en cuanto a este núcleo central puede ser completa. Tiene que agregar el conjunto de estos bienes en un número considerablemente elevado para que sea factible una planificación central. Este núcleo incluye,

por ejemplo, en la Unión Soviética, alrededor de 400 bienes (agregados) que entran en la tabla de insumo/producto nacional. Teniendo en cuenta que la suma total de bienes estadísticamente contados pasa más allá de los 100.000, tienen que quedar muchos bienes simplemente fuera de la planificación y otros pueden entrar sólo a través de la agregación a otros parecidos.

Es claro, ahora, que un plan central de este tipo exige una desagregación de las cifras en el plano de la empresa centralmente planificada, que la remite de todas maneras a criterios de decisiones descentrales. Pero estos criterios necesariamente tienen en cuenta estimaciones mercantiles y mediciones en dinero, aunque no sigan necesariamente la línea de la maximización de las ganancias.

b) El carácter necesario y objetivamente dado de esta planificación central deja fuera un determinado número de bienes que necesariamente caen fuera de ella, y que constituyen, por lo tanto, un sector diferente del sector planificado. Se trata, en el fondo, del área de la producción pequeña o mediana que se dispersa en un sinnúmero de empresas que pueden producir directamente para el mercado de bienes de consumo o en función de las grandes empresas. Estas empresas en general actúan de manera subordinada a la empresa grande, que entra en el área del plan central. Pero se trata de una subordinación que únicamente puede ordenarse a través de contratos de compra y venta, de créditos, etc. Toda esta área, que en gran parte incluye la producción agraria, es, por lo tanto, típicamente distinta del área central. En el interior del sector centralmente planificado se origina el problema de la desagregación de los productos y, a la vez y fuera de él, se da la sobrevivencia de la pequeña producción ordenada por criterios descentrales.

Los dos sectores referidos existen por las razones indicadas de la sobrevivencia de relaciones mercantiles en el socialismo, en todas las economías sociales, aunque sean estructuradas de maneras diferentes. Así, en la Unión Soviética, el sector de la pequeña producción sigue siendo planificado en gran parte por balanzas materiales del tipo regional, lo que origina todo el aspecto de burocratización de esta economía. Pero los planes regionales elaborados

no se integran al plan central, sino que forman una especie de subplanificación en tensión continua con el plan de bienes centrales planificados. La economía china, en cambio, no intenta integrar la pequeña producción de esta manera. La deja más bien autodeterminarse sobre la base de contratos de compraventa con almacenes estatales, empresas grandes, etc., lo que permite una flexibilidad mayor.

De todas maneras, cada uno de los dos sectores siempre tiene su dinámica propia, lo que hace necesaria una solución específica en cuanto a la relación entre ellos. Por otro lado, los sectores en el tránsito al socialismo siempre surgen a través de una distinción entre propiedad socialista y propiedad privada. El Estado socialista toma el poder sobre los medios de producción nacionalizando la gran industria. Con eso obtiene el control económico. Puede dejar sobrevivir, por lo tanto, durante un tiempo más o menos largo, la producción pequeña entre los dos sectores, lo que da la apariencia de que se trata de un problema de la relación propiedad social-propiedad privada. Pero toda la experiencia socialista demuestra que no es así. La tensión entre los sectores se deriva de la sobrevivencia de relaciones mercantiles, y llega a tener un matiz propio solamente si existen en los dos sectores distintas formas de propiedad jurídica. Este matiz propio es decisivo en el período de la transición en el grado en que se mantiene la propiedad privada en la producción pequeña. La lucha ideológica por la alianza de clases encuentra allí uno de sus puntos neurálgicos.

2. *El tipo de división del trabajo*

La complejidad de la tecnología moderna impone una alta especificidad de los distintos tipos del trabajo. Estas especificidades crean distinciones muy fuertes dentro de la fuerza total del trabajo, las que no se refieren únicamente a la diferencia entre trabajo de dirección y ejecución, sino igualmente al trabajo intelectual y manual y a las especificidades de cada uno de estos tipos de trabajo en sí. Esta necesaria especialización del trabajo no crea de por sí problemas de poder entre los distintos tipos del trabajo. Pero lo hace siempre y cuando la diferencia del trabajo social crea alta especialización por un lado, y

baja especialización por otro lado. En este momento, la fuerza de trabajo se polariza entre trabajo de dirección y de ejecución, intelectual y manual, especializado y simple. Pero como el hombre adulto está determinado íntegramente por el tipo de especialización que ha recibido en su juventud, la especialización desigual crea un poder especial dentro de la división general del trabajo. Ya no puede cambiar de un polo al otro, una vez entrado en el proceso de trabajo, fuera de pocas excepciones.

La estructura clasista de la sociedad, por supuesto, refuerza este fenómeno. La clase dominante puede monopolizar tendencialmente el poder de especialización de su propia fuerza de trabajo, reservando para la clase dominada el trabajo no especializado o determinadas especializaciones que dan poco poder social.

Pero el fenómeno mismo tampoco es exclusivo de la sociedad de clase capitalista. En la sociedad socialista sigue en pie una división del trabajo que necesita diferentes proporciones de especialización de la fuerza del trabajo. Por otro lado, la especialización del trabajo significa costos para la sociedad. Eso excluye prácticamente la posibilidad de una especialización igual de todos que, además, por razones de la ejecución del trabajo, no es necesaria. La misma lógica económica, por lo tanto, tiende a reproducir las diferencias de la especialización de la fuerza del trabajo y con eso reproduce el poder social del trabajo especializado. Eso se debe al hecho de que es más fácil trasladar un trabajador más especializado a un puesto de trabajo que exige menos especialización, que lo contrario. En términos de la especialización del trabajo, la movilidad hacia abajo es más fácil que hacia arriba. Por lo tanto, el grupo más especializado es menos reemplazable que el menos especializado. Eso determina su poder más alto de negociación.

La apariencia lleva ahora a la convicción general de que el trabajo más especializado es más productivo que el trabajo simple (en términos de medición de valor). Una convicción de este tipo es muy útil para técnicos, burócratas, trabajadores especializados, etc., porque les permite insistir en determinada desigualdad de los ingresos. Pero esta convicción es falsa. Un trabajo vale exactamente lo mismo como cualquier otro, especializado o no, con la

única condición de que esté disponible en proporciones socialmente necesarias.

La teoría liberal de la productividad de factores propuso todo un conjunto de teorías para evitar tal conclusión. No habla nunca de la productividad del trabajo a secas, sino solamente de la productividad marginal de los distintos tipos de trabajo. Sostiene que tal productividad marginal del trabajo es distinta según la especialización del trabajo, con el resultado de que la diferenciación de los ingresos aparece como una exigencia directa de la racionalidad económica. Frente a tal criterio marginalista hay dos críticas principales, una, de la coherencia interna de la teoría, y otra, sobre la vigencia general de la teoría.

a) Coherencia interna. Si se mide la productividad marginal, la igualdad de ingresos del trabajo se da en el caso de que la productividad marginal de la hora/trabajo sea igual en todos los trabajos concretos de la economía.

Pero la teoría marginalista no expresa el óptimo económico en estos términos. Ella introduce como una opción de valores la desigualdad de ingresos en su esquema. Exige, por lo tanto, en relación al óptimo, solamente que cada trabajo concreto sea remunerado según su productividad marginal. Cuanto más escaso, en consecuencia, un trabajo específico, más alta su remuneración.

Es muy claro que una formulación tal del óptimo es distorsionadora. No describe de ninguna manera el máximo económico. Éste se daría más bien en el caso en que se aumente el trabajo especializado en todas sus formas, hasta que la hora/trabajo humana tenga un rendimiento igual en todas sus aplicaciones. Pero visto el trabajo así, se habría reemplazado el trabajo concreto por el trabajo abstracto. El óptimo económico coincide a la vez con el máximo de rendimiento del factor trabajo.

El análisis de este caso demuestra que la teoría liberal no enfoca realmente el problema de la racionalidad económica en su conjunto. En cuanto al rendimiento de los medios de producción, tiene una posición diferente que en cuanto al trabajo, puesto que no sostiene que dicho rendimiento deba coincidir con su productividad marginal simplemente. Al contrario, esta coincidencia se acepta como racional solamente en el caso de que la productividad marginal de los medios de producción sea igual en

todos los usos de capital. Sería lógico sostener lo mismo para el trabajo humano y el salario pagado, pero el teórico marginalista ni siquiera tiene esa ocurrencia. Y no la tiene porque dentro de estructuras capitalistas hay una incompatibilidad entre rendimiento marginal igual del capital y rendimiento marginal igual por horas/trabajo. Para realizar tal tipo de maximización, la estructura de clase tendría que ser totalmente tajante, con salarios iguales de todos los asalariados y proveniencia directa de los ingresos altos de la ganancia. Un sistema de este tipo no podría sustentarse socialmente.

El teórico marginalista, por lo tanto, prefiere aceptar una incoherencia teórica, para evitar caer en una crítica de la estructura capitalista de la sociedad. Por otro lado, este ejemplo demuestra una vez más que cualquier teoría de la racionalidad económica —para ser lógicamente coherente— tiene que transformarse en teoría científica de la sociedad socialista.

b) Validez general de la teoría marginalista. Lo anterior demuestra solamente que también la teoría marginalista tendría que llegar a la conclusión de que máximo económico e igualdad de los ingresos coinciden. Pero a pesar de eso la teoría marginalista parece darnos una expresión deficiente de este máximo.

Sin entrar en una discusión más acabada de la teoría marginalista, podemos destacar un punto que de por sí sólo justifica usar otro instrumental teórico. Se refiere al hecho de que la teoría marginalista no trabaja con conceptos operacionales, cuantificables, de modo que sus planteamientos tienen poca validez para la acción. Hasa ahora no se ha encontrado —y se puede comprobar que ello es imposible— un sistema de contabilidad que capacite a una empresa para efectuar un cálculo del tipo marginalista. Se trata de un esquema cualitativo con apariencia cuantitativa, que en general no sirve para objetivos prácticos.

La concepción marxista, en cambio, parte del hecho de que una determinada capacidad técnica o una fábrica siempre necesitan diferentes tipos de trabajo en proporciones determinadas. Dada una situación tal no se dan productividades marginales de cada uno de los elementos necesarios para la producción. La situación optimal en este caso se describe mucho más exactamente por el concepto del trabajo socialmente necesario: la situación opti-

mal se da en caso de que se dé la igualdad del ingreso, porque los diferentes tipos de trabajo están dados en proporciones socialmente necesarias.

Toda esta reflexión sobre la división del trabajo y sobre las especializaciones del trabajo nos permiten sacar dos conclusiones:

a) El óptimo económico incluye la exigencia de la distribución igual del ingreso. La meta de la igualdad del ingreso no es una meta «política», que distorsione la racionalidad económica «pura». Es al revés.

b) El trabajo directivo, intelectual y especializado tiene un poder de presión intrínseco, que le permite imponer a la sociedad una determinada desigualdad del ingreso. Este poder se debe principalmente a que el trabajo no cualificado tiene muy poca movilidad hacia arriba, con el resultado de que la posición del trabajo más bien especializado determina una posición monopólica.

De eso se deriva el hecho de que la sociedad socialista tiene obstáculos determinados en su afán de realizar una sociedad con un uso racional de los medios económicos:

1. De la sobrevivencia de relaciones mercantiles se deriva una división de la economía total en dos sectores:

a) el sector de la pequeña y mediana producción, que no puede ser centralmente planificado,

b) el sector de la gran industria, accesible a la planificación central.

Pero la experiencia socialista demuestra, por otro lado, que se está dando una división adicional, que lleva a la constitución, de hecho, de tres sectores:

a) el sector de la gran industria, que produce para el mercado consumidor. Este mercado tiene rasgos específicos, que determinan que la conducción de este sector sea específico. Depende de gustos, en parte de caprichos, etc. Tiene, además, un tipo específico de diversificación del producto y de la propaganda e información comercial. Tiene que ver principalmente con dos tipos de productos:

aa) de consumo masivo,

bb) de acceso parcial. Se distribuyen o por consumo colectivo o por desigualdad de ingresos particulares.

b) el sector de la gran industria, que produce medios de producción para el mercado de productores. Determina las tecnologías aplicadas en el sector anteriormente men-

cionado. Se lo puede planificar centralmente en el sentido más estricto.

c) el sector de la pequeña y mediana industria, que produce tanto para el mercado de productores (en este caso está indirectamente planificado por este sector) y para el mercado consumidor directamente.

En este sector es más factible la descentralización sobre la base de criterios mercantiles. Incluye, en el fondo, la industria artesanal y, parcialmente, la agricultura.

2. Del carácter mencionado de la división del trabajo y de la especialización del trabajo se deriva la necesidad de una distribución desigual de los ingresos, aunque la meta sea la distribución igual. Esta desigualdad de la distribución puede ser de grados distintos según las circunstancias.

a) El grado de subdesarrollo del país influye fuertemente. En la situación del subdesarrollo, un alto grado de desigualdad conduce a un uso exagerado de las capacidades tecnológicas complejas para la producción de bienes de consumo, imponiendo restricciones fuertes al desarrollo de la producción de medios de producción y, por lo tanto, al desarrollo futuro del país.

b) La disposición subjetiva del trabajo especializado (intelectual, directivo) de no renunciar al uso de su poder monopólico en la sociedad. Hace falta siempre aguantar la desigualdad que esto produce, para que estos grupos mantengan su disposición a colaborar eficientemente en el proceso de trabajo.

Con eso tenemos las bases generales para discutir el problema de las alianzas de clases. La problemática hasta ahora descrita es general de toda sociedad socialista. Los sectores descritos y las posibles desproporciones entre ellos, los poderes sociales de determinados grupos de la sociedad analizados, producen continuamente posibles antagonismos, que la sociedad socialista tiene que solucionar permanentemente.

Resulta que la revolución socialista no puede ser concebida en términos de un solo acto revolucionario, sino únicamente como el inicio de un proceso de revolución permanente. Como se reproducen continuamente las desproporciones y los antagonismos, tiene que reproducirse, igualmente, la revolución. Tiene que producirse la movi-

lización popular, para usar un término más acostumbrado, o un control obrero continuo.

3. *Características específicas de la transformación socialista en el caso de Chile*

Para la situación chilena interesa mucho más saber cuáles son los rasgos específicos de la transformación socialista. En esta transformación, por supuesto, están presentes ya los problemas generales indicados, pero con una especificidad resultante del choque entre capitalismo todavía vigente y una estructura socialista en aparición. Si bien todos los problemas analizados anteriormente surgen, interesa la forma especial de su surgimiento.

La transformación referida ocurre como confrontación de un capitalismo vigente y un sector socialista. El capitalismo vigente tiene su fuerza motriz en el capitalismo monopólico interno y externo. El gobierno socialista tiene su poder a partir de las masas populares y los instrumentos legales, que el Estado burgués dejó. La confrontación entre ambos es doble. Por un lado hay todo un problema específico de la situación chilena. El gobierno socialista actúa a partir de la legalidad burguesa existente y tiene que desarrollarse en el interior de una democracia parlamentaria. Este elemento no ocurrió en la construcción de los socialismos anteriores (soviético, chino, cubano, yugoslavo, etc.). En los otros casos siempre el poder político del gobierno socialista ha estado asegurado por un sistema de dictadura del proletariado. *El Estado socialista, por lo tanto, no necesita el acuerdo directo de las masas expresado periódicamente en elecciones generales. En el caso chileno esto es distinto. Necesita tener continuamente (a corto o mediano plazo) el acuerdo expreso de las mayorías.* En el grado en que los grupos medios, pequeños empresarios, etc., forman grupos sociales grandes, hace falta un determinado tipo de alianza de clases, para que estos grupos estén dispuestos a apoyar la continuidad de la construcción del socialismo en Chile.

Pero ése no es el único sentido de la alianza de clase, ni, quizás, el más importante. El otro sentido se nos revelaría si supusiéramos que el poder político del gobierno socialista se pudiera sustentar totalmente por el apoyo de

las masas obreras y campesinas del país. En este caso, la alianza de clases se impondría igualmente por la simple necesidad de poder convertir continuamente el poder político del gobierno socialista en poder económico de conducción de todo el proceso económico del país. Se trata, en último término, del poder de conducción sobre los medios de producción, independientemente de la forma jurídica de propiedad vigente. Si en este plano no se logra la alianza de clases, los grupos medios pueden bloquear el proceso económico, a pesar de no poder destruir el poder político del gobierno socialista. Pero podrían llegar a socavarlo a largo plazo. En este segundo sentido la alianza de clases es imperiosa para todos los socialismos que han surgido.

En términos muy resumidos se trata en Chile de la colaboración de los pequeños capitalistas y de los técnicos en general en la construcción del socialismo. Esta fórmula da, por lo tanto, *la especificidad* del tránsito. Para aceptar este análisis sólo hace falta recordar que el problema de los pequeños capitalistas y de los técnicos burgueses es específico para este período de tránsito, tomando solamente otras características con relación a otras sociedades socialistas. En éstas ya no se trata de capitalistas y burgueses, pero sí de productores pequeños y técnicos socialistas. Pero sigue siempre en pie la necesidad de la alianza, aunque en nuevas formas. El surgimiento de nuevas clases dominantes es un peligro continuo de la sociedad socialista, frente al cual hace falta una continua movilización de masas junto con una política de alianza.

En el período de la transformación, sin embargo, es más difícil establecer esta alianza que dentro de la sociedad socialista constituida. La razón reside en el hecho de que la vuelta al capitalismo todavía parece mucho más factible y de que los grupos medios viven todavía ideologías y valores provenientes de la sociedad capitalista anterior. En el caso de los pequeños y medianos capitalistas existen incluso estructuras de propiedades derivadas de las anteriores.

La alianza no tiene simplemente el sentido de asegurar el poder político del gobierno socialista; se trata más bien de lograr una integración de los grupos medios en la construcción del socialismo. Es una alianza en función de un proyecto de sociedad futura, no una alianza inme-

diatista y pragmática. En eso residen problemas adicionales. No se pueden usar todos los medios pensables para lograr tal alianza. Habría que discutir entonces estas limitaciones:

1. Si bien la alianza exige continuar con determinadas desigualdades de los ingresos, no puede ofrecerles a estos grupos medios las mismas ventajas materiales de que gozaron anteriormente. La reestructuración de la economía necesariamente tiene que dirigirse hacia bienes de consumo masivo.

2. La alianza no puede ofrecer una garantía de propiedad eterna a los capitalistas privados. La garantía puede ser sólo provisional y —aunque se dé en forma infinita— los grupos capitalistas no podrán tener confianza a largo plazo. La garantía puede establecer solamente un plazo de tolerancia.

Dada una situación tal, el problema ideológico pasa al primer plano. Hace falta interpretar el proyecto de la sociedad socialista en relación con el lugar que estos grupos van a ocupar en la nueva sociedad. Hay que interpretar, entonces, las etapas de la transformación en relación con los intereses de ellos. Esto nos permite de nuevo discutir el problema de los sectores de la sociedad socialista. Como el tránsito se da del capitalismo al socialismo, los sectores de propiedad corresponderán a esta situación: el área de propiedad social, como sector socialista; el área de propiedad privada, que todavía no se incluye en la propiedad socialista, y el área de propiedad mixta en el sentido de un área de compromiso. Estas áreas se dieron —igual como en el caso chileno—, también en otros tipos de tránsito al socialismo.

Pero estas áreas no son y no pueden ser definitivas. Tienen la perspectiva de transformarse en áreas diferentemente constituidas en la sociedad socialista. Y el problema de interpretación consiste en hacer comprender a los grupos medios que en este tránsito tienen que transformarse ellos mismos.

En esta perspectiva del tránsito existe, por un lado, el problema de la reestructuración de las áreas. El área de propiedad privada tiene la perspectiva de transformarse en sector de pequeña producción socialista, ordenado más bien por tipos de autogestión empresarial. En este caso la perspectiva del pequeño capitalista a largo plazo es

más bien la de ser gerente contratado de tales empresas. En el caso del área mixta, la perspectiva es más bien su inclusión en el área de propiedad social, con una consiguiente subdivisión de esta área en área de producción para el mercado consumidor y área de medios de producción.

Por otro lado, la perspectiva del técnico es la de pasar hacia una estructura de producción, dentro de la cual la desigualdad de ingresos llegue realmente al mínimo necesario impuesto por la naturaleza específica de su trabajo y por los límites psicológicos que permitan poder conseguir su colaboración.

Estas son las principales limitaciones de la alianza, y parece realmente difícil que se hagan mayores concesiones por parte del Gobierno socialista. Esta dificultad aumenta especialmente si se consideran los argumentos que puede utilizar el sector monopólico para ganar a los sectores medios para su propio proyecto de alianza. Puede ofrecer, para el caso de una vuelta al capitalismo, devolverles a estos grupos todos los privilegios que dentro de la sociedad capitalista ya han gozado.

Todo este análisis, entonces, hace comprender la dificultad de una política de alianzas. El Gobierno socialista en esta situación tiene solamente una salida: por un lado, necesita organizar y movilizar a las masas populares de tal manera que una contraalianza entre capital monopólico y sectores medios pierda la esperanza de poder progresar. Un esfuerzo en esta línea puede ser reforzado todavía por el argumento de que el subdesarrollo es producto del carácter capitalista de la sociedad. Esto último, por lo tanto, significa reproducción continua de nuevas revoluciones socialistas, hasta que se establezca definitivamente tal sociedad. Por otro lado, con relación a los grupos medios, tiene que elaborar una perspectiva de socialismo en la cual éstos, si bien ya no gozan de los mismos privilegios materiales de antes, puedan ver una perspectiva de vida aceptable.

CONCLUSIÓN

Podremos terminar este artículo con una reflexión sobre el camino recorrido. Partimos con el análisis de las

contradicciones del capitalismo y una reflexión sobre el socialismo como superación de estas contradicciones. Destacamos, primero, una contradicción de poder a partir de la propiedad sobre los medios de producción, tal cual, a nuestro entender, existe en las interpretaciones del socialismo participacionista. Por supuesto, se trata de una contradicción que, a la vez, existe también en la realidad. Pero, a diferencia de las teorizaciones del participacionismo, descubrimos detrás de esta contradicción del poder derivada de la propiedad sobre medios de producción, un conjunto de otras contradicciones —las contradicciones de funcionamiento del modo capitalista de producción—, que no pueden ser superadas por una política que se limita a dar participación obrera sobre la base de relaciones mercantiles dentro de un mercado socialista. Este análisis nos llevó a la tesis de que, tanto el subdesarrollo como el propio dominio del hombre sobre el hombre se originan en los mecanismos mercantiles, que dan lugar a tales contradicciones de funcionamiento. En el fondo, llevamos el análisis en tres planos, que son planos de contradicciones efectivas del sistema y que remiten uno al otro:

1. El plano de la contradicción del poder visto desde el punto de vista de la propiedad sobre los medios de producción. Esta contradicción es visible de una manera inmediata. Pero, buscando la solución del problema en este plano, el problema se reproduce. Buscando el control de las masas sobre la sociedad en este plano, este control no se consigue. No es suficiente apuntar hacia una meta para tener la seguridad de alcanzarla. En este sentido, se trata de una contradicción aparente, aunque sea real.

2. Las contradicciones de funcionamiento del propio modo de producción capitalista tienen que ser tenidas en cuenta, para poder solucionar el mismo problema del dominio sobre los medios de producción, puesto que son, de por sí, aquellas cuya solución también decide sobre la factibilidad de un desarrollo del país subdesarrollado. El análisis de estas contradicciones de funcionamiento lleva, por tanto, a una teoría de la acumulación socialista. Pero a este nivel del análisis surge otro problema.

Tal acumulación socialista puede desembocar en un desarrollismo socialista, que realiza el desarrollo socialista y la transformación de las relaciones de producción en función del interés del grupo conductor del proceso, o sea, de una burocracia socialista centralizada. Eso resulta tanto en un desarrollo socialista en función de este grupo como en función del país socialista que va por este camino. Si bien soluciona el problema del desarrollo en su interior, el país llega a formar parte de los centros desarrollados a nivel mundial, que, por los mecanismos del mercado capitalista mundial, vuelven a reproducir continuamente el subdesarrollo en otras partes de este mundo.

3. Eso nos obligaba a elaborar en un tercer nivel el concepto del interés del proletariado para llegar a una conceptualización del desarrollo, que hace posible tanto el desarrollo en función del interés de las masas del país referido como el desarrollo igual de todos los países a nivel mundial. En su formulación radical este concepto es totalmente universalista, lo que hacía necesario discutir aparte el problema de las alianzas de clase, que significan compromisos necesarios en la persecución y realización de este interés. Como el interés del proletariado incluye necesariamente el concepto del desarrollo en función de las masas del proletariado, éste tiene que contener, a la vez, una posición en cuanto a la democracia socialista. La definimos como una democracia de productores que controla el mecanismo de producción a partir del carácter material del producto (su valor de uso), en especial en cuanto que es un producto —en toda su particularidad— que sirve al mismo proletariado que lo produce. Se trata de un criterio de descentralización de decisiones —por tanto, en este sentido, de participación—, que no entrega la conducción del proceso a criterios mercantiles.

En este interés del proletariado encontramos la clave de la toma de conciencia del proceso de transformación. En relación a la solución de las contradicciones anteriores —de funcionamiento y de propiedad sobre los medios de producción— ella nos permitió tomar dos posiciones decisivas.

a) El rechazo al participacionismo no es un rechazo de la descentralización, sino de los criterios de descentralización implícitos en el uso de las relaciones mercantiles.

Por tanto, no es tampoco un rechazo a estructuras de participación ni a mecanismos de democracia formal a secas. Pero sí es la insistencia en que las estructuras de participación habría que buscarlas y transformarlas en función de este otro criterio de descentralización, convirtiéndolas en control obrero o —vistas a partir de su aspecto dinámico— en movilización popular. El participacionismo no puede hacer eso. Manteniendo la estructura del mercado, mantiene necesariamente la fijación del obrero en su puesto de trabajo. Para el obrero en tal situación, aparece como lo más importante tener trabajo y recibir sueldo. Dada una situación tal, para él es más bien indiferente que el producto sea suyo.

b) Eso nos lleva a insistir en la necesidad de una planificación central suficientemente fuerte como para garantizar el puesto de trabajo y una remuneración aceptable por todos. Sólo si el problema de tener trabajo o no, deja de ser objetivamente un problema importante, el juicio sobre el valor de uso del producto puede pasar al primer plano. Una economía de mercado —sea socialista o no— de por sí no puede garantizar eso. En tal economía se producen continuamente situaciones en las cuales la posición en favor del interés del proletariado llevaría al suicidio económico del obrero. Eso ocurriría siempre y cuando la rebelión en contra de la producción de productos que sirven para intereses ajenos trajera consigo la destrucción del puesto de trabajo del cual vive.

En este sentido, una descentralización sobre la base del interés del proletariado y de la democracia de productores implica, a la vez, una centralización de la planificación, más allá de lo que un punto de vista puramente participacionista puede concebir.